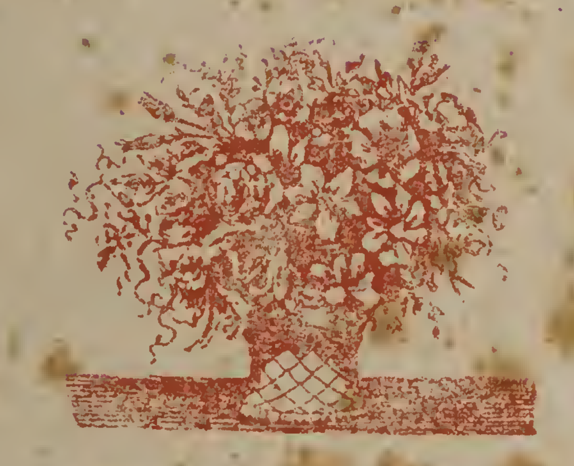
La Novela Cómica

CELIA EN LOS INFIERNOS

no. 15

BENITO PÉREZ GALDÓS



VEINTE CÉNTIMOS

A NUESTROS LECTORES:

LA NOVELA COMICA prepara una cosa muy nueva, muy bella, muy interesante:

LA HISTORIA DEL SAINETE

que aparecerá en diez números de nuestra Revista, primorosamente editados.

Comenzaremos por D. Ramón de la Cruz, y seguiremos con Pelayo del Castillo, Tomás Luceño, Ricardo de la Vega, Javier de Burgos, López Silva, Fernández Shaw, Arniches, Alvarez Quintero, Casero, Asenjo, Torres del Alamo y Ramos Martín.

En cada volumen publicaremos dos ó más sainetes, precedidos de un estudio crítico del sainetero y su obra original de escritores tan insignes como Pérez Galdós, Rodríguez Marín, Répide, Benavente, Francos Rodríguez, Jacinto Octavio Picón, Dicenta, López de Saa, etc.

La colección de los diez números de

LA HISTORIA DEL SAINETE

constituirá una verdadera antología de nuestro género teatral más genuino, y en el que campean el picaresco ingenio y la castiza jácara de nuestra raza, género que ha sabido conservar toda su pureza ante las innovaciones venidas de afuera.

A través de

LA HISTORIA DEL SAINETE

verá el lector cómo nació éste, injerto del clásico entremés; cómo llegó á emanciparse para convertirse en la graciosa pintura de tipos cómicos sueltos, sin lazos de unión dentro de un ambiente social, de una costumbre ó de una diversión. Advertirá cómo luego estos tipos tuvieron enlace, trama, alrededor de un asunto típico; cómo se llegó, por último, al sainete de ahora, que es la realidad acentuada en trazos cômicos, algo así como es la caricatura en las artes plásticas, sin desmedidas exageraciones que conduzcan á lo falso.

Por nuestra colección de

LA HISTORIA DEL SAINETE

pasará el lector de "La pradera de San Isidro", de D. Ramón de la Cruz,

á la pradera de "El santo de la Isidra", de Arniches, pudiendo comparar la misma fiesta popular madrileña en dos épocas que distan más de un siglo.

En las páginas de

LA HISTORIA DEL SAINETE

verá el lector transformarse la maja en manola, la manola en chula, el pisaverde en lechuguino, el lechuguino en silbante, y el silbante en sietemesino y gomoso.

En los números que formarán

LA HISTORIA DEL SAINETE

insertaremos: "La casa de Tócame Roque", "Las castañeras picadas", "¡Cuántas, cuántas..., calentitas!", "La chica del estanquero", "La verbena de la Paloma", "El señor Luis el Tumbón", "El baile de Luis Alonso", "Los valientes", "La Revoltosa", "Las bravías", "El santo de la Isidra", "Las estrellas", "La mala sombra", "La buena sombra", "El miserable puchero", "El rey de la casa", "El sueño es vida", "El chico del cafetín", "La boda de Cayetana ó Una tarde en Amaniel", "El sexo débil", "La real gana" y otras.

Para la colección de los diez números de

LA HISTORIA DEL SAINETE

facilitaremos unas lujosas tapas.

El primer número de

LA HISTORIA DEL SAINETE

aparecerá en el próximo mes de Enero.

Próximamente:

El Abuelo.

La loca de la casa.

de Benito Pérez Galdós.

BENITO PÈREZ GALDÓS

CELIA EN LOS INFIERNOS

COMEDIA EN CUATRO ACTOS

ACTO PRIMERO

Gabinete elegantísimo de Celia en el palacio de Monte-Montero. Al fondo, cristalera por donde se ve parte del jardín. A la izquierda del foro, paso para las oficinas de la casa. A la derecha, paso hacia las dependencias inferiores: cocina, plancha, servidumbre. A la izquierda primer término, puerta que conduce a las habitaciones de Doña Margarita y al salón. A la derecha, la puerta de la primera caja conduce al oratorio, la segunda al tocador y baño de Celia. A la izquierda segundo término, un elegante mueble con libros encuadernados lujosamente. En el proscenio izquierda, frente al público, un pupitre de señora donde Celia tiene sus enseres para escribir. Entre los objetos preciosos que hay en este mueble, descuella un retrato de la madre de Celia con marco de bronce. En el proscenio derecha, frente al público, un sofá donde pueden sentarse dos o tres personas. Repartidos en la escena sillas y sillones de alta novedad. Es de día. La acción del primer acto se desarrolla en Madrid en el mes de Marzo.

Derecha e izquierda se entienden del espectador.

ESCENA PRIMERA

CELIA, DOÑA MARGARITA, sentadas en el sofá; DON ALEJANDRO, DON CRISTOBAL y el NOTARIO, sentados junto al pupitre; detrás de éste, en pie, DON JOSE PASTOR y GERMAN. Antes de terminar la escena, se asoma por el fondo ESTER, curioseando. EL NOTARIO, después de leer el acta en que se declara terminada la tutoría de Celia, deja los papeles sobre la mesa.

NOTARIO.—He terminado; ahora ya pueden ustedes ir firmando.

DON ALEJANDRO.—(*Disponiéndose á firmar.*) Ya eres mayor de edad, sobrina mía; ya eres dueña de tus actos.

DOÑA MARGARITA.—De tus actos y del inmenso caudal que te legaron tus padres. ¡Ay! Contentos estarán en la gloria tus buenos padres al verte en tu nuevo estado, dirigiendo tus pasos por el camino de la más estricta rectitud.

CELIA.—Así lo haré. No se me oculta que con la libertad tengo la responsabilidad de mi conducta. Haré honor á mis buenos padres, que en gloria

estén, y seguiré el ejemplo de mis queridos tíos que me han gobernado hasta este día supremo de mi vida.

DON ALEJANDRO.—(*En pie junto al sofá.*) Te hemos gobernado fielmente con plena conciencia de nuestro deber. Ya eres dueña de todo. Disuelto hoy el consejo de familia, ya no tenemos autoridad sobre ti.

DON CRISTOBAL.—(*Después de firmar.*) Poco á poco; la ley establece una excepción. (*Coge el acta y se la da á Germán.*) Lleva esto á la oficina, que allí vendrán á firmar los demás señores. (*Vase Germán por el foro izquierda. Pasa don José Pastor á colocarse detrás del sofá, y da palmaditas cariñosa en el hombro de Celia.*)

PASTOR.—Ciertamente, la ley previene una excepción. Fíjate bien, niña.

DOÑA MARGARITA.—Justo; tendremos que intervenir de nuevo cuando llegue el caso de tomar estado, ya sea en el orden matrimonial, ya en el eclesiástico.

CELIA.—¿Qué dice usted, tía?

DOÑA MARGARITA.—No sé cómo tengo hoy la cabeza. He querido decir, ó que te casas con un caballero, ó entras en una santa congregación.

CELIA.—¿Congregación ha dicho? ¡Ay, querida tía! No tengo, ni creo tendré nunca vocación de monja.

DOÑA MARGARITA.—Muy pronto lo dices, chiquilla. ¿Qué sabes tú? Desconoces aún los goces más puros del alma.

DON ALEJANDRO.—El estado matrimonial es el de más cuidado, y por eso la ley establece la permanencia temporal en nuestras funciones.

DOÑA MARGARITA.—Sí; porque estas niñas que en edad tan temprana ejercitan el derecho de gobernarse á sí mismas, no tienen criterio ni pulso para escoger ese apoyo moral y material que llaman marido.

DON CRISTOBAL.—Mi tesis es que estas plantas tiernas corren el peligro de ajarse y perderse, si las personas mayores no acuden en su auxilio para proporcionarles un injerto feliz.

DOÑA MARGARITA.—De eso me cuido yo, que he sido siempre la mejor casamentera. Yo casé á tu padre con mi sobrina Eloísa, tu santa madre. ¿Qué tienes que decir de aquell boda? Pues como hice aquélla, haré ahora la tuya. Yo me encargo de buscarte el esposo que más te conviene.

CELIA.—No se tome usted ese trabajo, querida tía de mi madre y propiamente abuela mía; no se tome ese trabajo, que resultaría quizás muy fatigoso para usted, y además enteramente inútil. Si puedo disponer libremente de los dineros que me legaron mis padres, ¿por qué no he de disponer de esta pobre mano mía, que es más propiamente mía que los miserables intereses? (*Vuelve á la escena Germán, y se coloca detrás de todos, atento y silencioso.*)

DOÑA MARGARITA.—¡Ah! Ya tenemos en campaña á la chicuela respondona que quiere saber más que los viejos.

CELIA.—No es eso, tía; es que... (*Levántase y se pasea por la escena.*)

DON ALEJANDRO.—(*Aparte á Celia en la izquierda.*) (No hagas caso de la tía Margarita; la pobre está un poco...) (*Indicando chifladura.*)

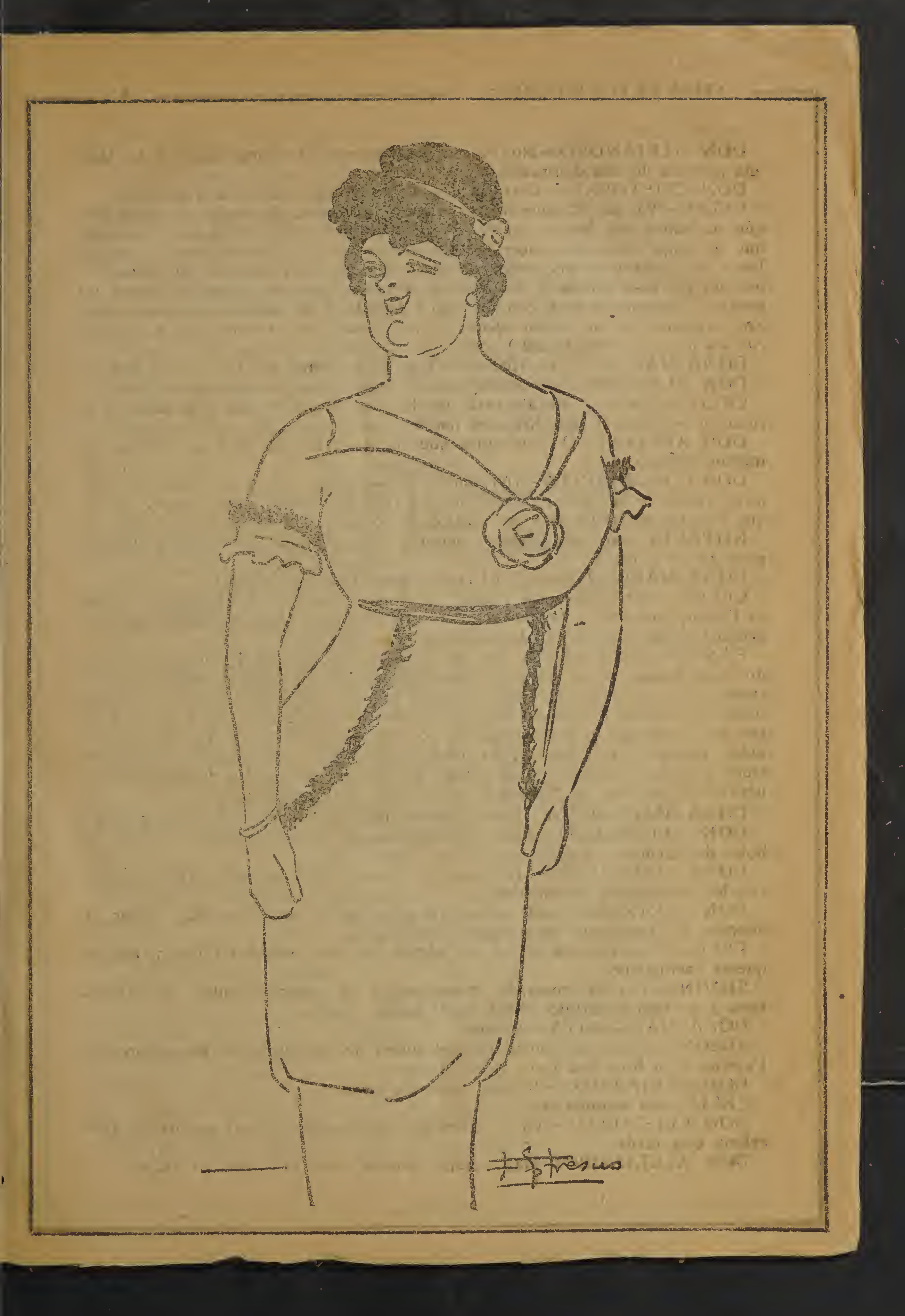
NOTARIO.—La ancianidad peca siempre de suspicaz y excesivamente previsora.

DON ALEJANDRO.—Nuestro deber es aleccionarte.

DON CRISTOBAL.—Escogerte lo mejor.

CELIA.—(*Sentándose junto al pupitre, mientras don Alejandro y el Notario pasan hacia el sofá.*) Bueno, bueno: es premtauro hablar de eso. Ya me figuro que las ideas de mi buena tía serán casarme con un rico...

DOÑA MARGARITA.—Conviene así cortar el paso á los pelagatos ambiciosos.



DON ALEJANDRO.—No es eso precisamente. Debemos traer á tu lado una persona de alta distinción...

DON CRISTOBAL.—Aliar las dos noblezas: la de la cuna y la de...

CELIA.—Ya, ya. El dinero no me hace falta, pues lo tengo tan de sobra, que no sabré qué hacer con él. La alcurnia tampoco me seduce. ¿Quieren que les diga con toda sinceridad mi pensamiento? Pues allá va. Si prevalecen las ideas que hoy tengo en mi cabeza, pueden suceder dos cosas: ó que no me case nunca, y me dedique á vestir imágenes, ó me case con un pobre...; entiéndase bien, con un pobre decente y de buenas costumbres. (*En este momento de la escena aparece Ester, cautelosa, curioseando, y Germán con un gesto le manda salir.*)

DOÑA MARGARITA.—(*Riendo.*) Muy bonito, muy bonito, y hasta poético.

DON ALEJANDRO.—Romanticismo de la escuela más cursi, hija mía.

CELIA.—(*Riendo.*) Me alegraría mucho ser ante el mundo una cursi solterona, inmensamente rica. (*Se ríen todos.*)

DON ALEJANDRO.—Sobrinita querida, ya estás en edad de refrenar tu ingenio festivo.

DOÑA MARGARITA.—(*Nerviosa, levantándose, coge del brazo al Notario, creyendo que es don José Pastor.*) Oye tú, Pastor, ¿no crees, como yo, que tu cara discípula está un tantico desconcertada?

NOTARIO.—No soy Pastor, señora; soy el notario, Anselmo Urízar, para servir á usted.

DOÑA MARGARITA.—¡Ay! ¡cómo estoy hoy de la vista!

CELIA.—(*Dirigiéndose á Pastor, le pone la mano en el hombro.*) Este es Pastor, querida tía. Habla en favor mío tú que has sido testigo de mi vida infantil, desde que yo andaba gateando por est[illegible].

PASTOR.—Niña querida; yo que te he dado [illegible] y caramelos cuando eras buena, y no pocos azotitos cuando tus travesuras pasaban de la raya: yo, que te enseñé á leer y á escribir, guiándote con ternura paternal, tengo el derecho de decirte hoy que al entrar en la mayor edad debes acortar los vuelos de tu imaginación y ponerte á tono con las realidades de la vida. Te sobra inteligencia; tu corazón es excelente: obedece sus inspiraciones; pero no será malo que, para andar por el mundo, domestiques tus nervios y sometas á disciplina tus enojos. (*La acaricia.*)

DOÑA MARGARITA.—No le hagas fiestas, Pastor; dale unos azotitos.

DON ALEJANDRO.—Azotes, como cuando hacía volatines en los árboles del jardín.

DOÑA MARGARITA.—O cuando se escapaba á la calle para corretear con los chiquillos desarrapados.

DON CIRTSOBAL.—O cuando te tiznaba la cara, querido Pastor, si vencido del cansancio te quedabas dormido.

CELIA.—Tan juiciosa he de ser ahora que, por exceso de juicio, han de querer castigarme.

SIMON.—(*Por la izquierda, anunciando.*) La señora Condesa de Angostura y su hijo Ricardito, están en el salón.

DOÑA MARGARITA.—Vamos.

SIMON.—Y en este momento descienden de su automóvil los señores de Paterna y su hijo don Luis. (*Vase Simón.*)

DON ALEJANDRO.—Ven tú también, Celia.

CELIA.—En seguida iré.

DON CRISTOBAL.—No te descuides, Alejandro; tienes que irte á Barcelona esta tarde.

DON ALEJANDRO.—Hay tiempo todavía para preparar mi viaje.

NOTARIO.—(*Despidiéndose de Celia.*) Mi más cumplida enhorabuena, señorita; me tiene á sus órdenes para cuanto se le ocurra.

CELIA.—Gracias, don Anselmo; ya sabe cuánto le estimo.

DOÑA MARGARITA.—Voy al salón.

CELIA.—Yo iré al momento. Hoy, tiíta, estás un poco alterada de los nervios... de la cabeza. (*Reaparece por el fondo Ester, curioseando.*) ¿Has tomado el bromuro?

DOÑA MARGARITA.—Se me olvidó... ¡Con estas cosas!...

DON ALEJANDRO.—Venga, Margarita. (*A Celia.*) No tardes. (*Salen por la izquierda don Alejandro, don Cristóbal, doña Margarita, Pastor y el Notario.*)

CELIA.—No tardaré. (*Reparando en Ester.*) Ester, oye.

ESTER.—¿Qué me mandas? (*Corre hacia ella.*)

CELIA.—Dale la medicina á la tía. Ya sabes, una papeletita de bromuro. Llévaselo al salón.

ESTER.—Voy corriendo. (*Vase por el foro derecha.*)

ESCENA II

CELIA, GERMAN; después PASTOR y ESTER

GERMAN.—(*Besando la mano rendidamente á Celia.*) Mi felicitación á la rica hembra, á la dama ilustre que hoy ha subido al pináculo de la sociedad, donde tiene su trono excelso.

CELIA.—(*Con donaire, intentando taparle la boca.*) Calla, calla; charlatán, embustero.

GERMAN.—Déjeme seguir.

CELIA.—Calla, te digo. Tus palabras son de oro. Si tus ideas correspondieran á tus palabras, serías millonrio.

GERMAN.—Principio y fundamento de la riqueza es el propósito de conquistarla. Soy pobre; pero el camino para dejar de serlo me lo enseñarán mi inteligencia y mi trabajo.

CELIA.—Ya te entiendo. Tu cerebro es una torre con campanas que constantemente lanza al aire soidos vibrantes... (*Entra por el foro derecha Ester, con un vasito de agua, que agita con la cucharilla. Al oir el tintín de la cucharilla detiénese Celia.*) Date prisa, Ester. (*Ester sigue con paso ligero hacia la izquierda, agitando la cucharilla; detiénese en la puerta, mirando un instante á Celia y Germán. Continúa Celia la parte interrumpida.*) Tu cerebro es un campanario: tín, tín, ton. Debajo de ese campanario no hay más que una iglesia vacía y sin culto.

GERMAN.—Fácilmente demostraré á usted que en esta iglesia hay devociones ardientes, y no faltan imágenes bellas, adoradas.

CELIA.—Eres poeta. Ya sabes que los poetas no son santos de mi devoción. Yo, como el personaje de Molière, hablo prosa sin saberlo.

GERMAN.—Yo también.

CELIA.—Pero tú, Germán, sin saberlo eres poeta, poeta positivista. Trinas en la enramada pidiendo á Dios que te dé buenos negocios. (*Riendo.*) Me parece que estoy en lo cierto.

GERMAN.—¡Ah, señora! Ya le explicaré. En efecto, los pobres nos pasamos la vida trinando, y...

PASTOR.—(*Entra por la izquierda, seguido de Ester, con el vaso ya vacío.*) Tienes el salón lleno de gente; te están esperando.

CELIA.—(*Disgustada, levantándose.*) Allá voy.

ESTER.—(*A Celia.*) ¿Me mandas algo más?

CELIA.—Ahora no, retírate; ven luego por aquí. (*A Pastor.*) Además de los Paternas y la Angostura, ¿quién ha venido?

PASTOR.—Ahí están el Barón de la Cinta, con su hijo el Marquesito de Rocafiel; la viuda de Quimondo, con sus hijas y el chico mayor; la Duquesa de Cumbres Pardas, y los de... En fin, vete al salón, que hay que cumplir con la sociedad.

CELIA.—¡Ay, qué fastidio! ¡Sociedad! Debieras llamarte... vaciedad. (*Vase lentamente por la izquierda.*)

ESCENA III

PASTOR, GERMAN; después ESTER

PASTOR.—Germán, vete á tu oficina, que no conviene holgar tanto.

GERMAN.—Dispénseme el amigo Pastor; hoy es fiesta en la casa; además, esta mañana, cuando vine á la firma de las cartas, me dijo la señorita Celia: "en cuanto acabe la lectura del acta notarial, vienes aquí para hacerme un estado de..."

PASTOR.—¿De qué?

GERMAN.—Un estado de las cantidades que tiene en cuenta corriente en los Bancos.

PASTOR.—Lo primero es dar cuenta á los Bancos de la mayor edad de Celia. Hay que poner tres oficios, uno para cada Banco; así lo entiendo yo. Vete á la oficina, extiende los oficios, y los traes con la copia del acta notarial que debe estar allí. (*Entra Ester por el foro derecha.*) Ester, ¿qué buscas aquí?

ESTER.—Me dijo Celia que me llamaría.

GERMAN.—Pues no te ha llamado.

PASTOR.—(*A Germán.*) ¡Ea! despabila tú. (*Vase Germán presuroso por el foro izquierda.*)

ESCENA IV

PASTOR, ESTER

ESTER.—¿De veras no me ha llamado Celia?

PASTOR.—Parece que eres tonta; ¿no la viste ir al salón? Aún tiene allí para rato.

ESTER.—La esperaré aquí, si usted me lo permite, señor Pastor.

PASTOR.—Sí, quédate; hablaremos un poquito. (*Se sienta fatigado.*)

ESTER.—(*Permaneciendo en pie.*) ¡Ay, qué alegría! Ya no manda aquí nadie más que Celia; ya, como dice Germán, pasan á la historia el cazurro de don Alejandro, y doña Margarita, toda hiel y vinagre, y los demás esperpentos del consejo de familia. Celia es el ama, y puede disponer como quiera de todo lo que es suyo... Dará gusto verla tirando de talonario y extendiendo cheques para favorecer... á las personas que más la quieren.

PASTOR.—Ya te veo, pícara. Tú aspiras á recibir de Celia un buen donativo como criada predilecta que eres.

ESTER.—Perdone usted, don José; yo no soy propiamente criada.

PASTOR.—Es verdad, eres algo más; eres hermana de leche de Celia.

ESTER.—Mi madre le dió el pecho; aquí me crié; he sido compañera leal de la señorita, que comúnmente me llama su amiga. Le debo la vida, la educación, y me enorgullezco de ser su doncella, su modista, su limosnera, su consejera en muchos casos.

PASTOR.—Fundada en eso, esperas un buen regalo... una dote que te sirva de cebo para pescar marido.

ESTER.—No he pensado en eso; pero no niego que puede ser, y que sea cosa justa; cuento con su apoyo, don José.

PASTOR.—(*Vacilando.*) Sí... no sé...; con franqueza, Ester: para que yo te apoye en tu pretensión, sería menester que disiparas ciertas hablillas; cierto runrún que corre por la casa, y que la verdad, si la cosa es cierta, te favorece muy poco.

ESTER.—(*Asustada.*) ¿Rumores...? ¿tocantes á mí?

PASTOR.—A ti... y en ello figura otra persona.

ESTER.—¿Quién?

PASTOR.—No sé si debo decírtelo. (*Se lo dice en voz baja. Aparece por el foro derecha Melchora, cautelosamente, mirando á Ester.*)

ESCENA V

PASTOR, ESTER, MELCHORA

MELCHORA.—(*Aparte en el foro.*) Ya está esa bribona embaucando al pobre don José.

PASTOR.—(*Reparando en Melchora.*) ¡Ah, Melchora! pasa. ¿Qué se te ofrece?

MELCHORA.—(*Avanzando lentamente, dirigiendo á Ester miradas rencorosas.*) A lo que parece, hoy entra la señorita en la edad de gobernar su casa y mandar á toda la familia. Aquí la espero para presentarle mi dimisión. ¿No se dice así, don José?

PASTOR.—Así se dice.

MELCHORA.—La dimisión del cargo de planchadora que he desempeñado en esta casa por más de siete años.

ESTER.—Vete á terminar tu trabajo como Dios manda, que tiempo tienes de despedirte.

MELCHORA.—Yo sé mi obligación, y no aguanto órdenes más que de la única persona que puede dármelas.

ESTER.—Desmandada estás hoy, Melchora; ¿qué mosca te ha picado?

MELCHORA.—Me ha entrado la picazón de hablar claro, y tú lo has de oir, marimandona, intrusa. Cada cual en su puesto. A un lado las mujeres que no engañan, á otro las que son más falsas que Judas.

ESTER.—(*Afectando buen humor.*) ¡Qué risa! ¿Ha visto usted, don José, qué insolencia?

PASTOR.—¡Ea! Haya paz, señoras; cada cual á su obligación.

ESTER.—A tu plancha, pronto; nada tienes que hacer aquí... ¡La hora que es, y no me has planchado mis blusas!

MELCHORA.—(*Iracunda.*) Te las plancharé y te sacaré mucho brillo para que todo el mundo vea tus enredos.

ESTER.—Estúpida, te desprecio.

MELCHORA.—Yo, ni eso; por no rebajarme.

PASTOR.—Melchora, no te sulfures. (*Reparando en un librito que Melchora lleva en el bolsillo de su delantal.*) ¿Qué libro es ese? Dámelo. (*Se lo quita.*)

ESTER.—(*Vivamente, muy excitada.*) Es mío; me lo ha quitado esta feróstica; démelo, don José.

MELCHORA.—Lo dejó olvidado en su mesa de noche; no tiene la cabeza buena.

ESTER.—(*Intentando quitar el libro á Pastor.*) Mi libro, mi libro.

MELCHORA.—De algún tiempo acá, la señorita Ester anda, como aquel que dice, en hociqueos con la letra de molde. Tiene buen maestro. Guardè èl libro, don José, y vea que en lo blanco hay garabateo de lápiz. A mí me estorba lo negro y lo blanco; lea, don José, y entérese.

ESTER.—(*Queriendo recobrar el libro por la fuerza.*) Déme, déme por Dios; estas bromas son muy pesadas.

MELCHORA.—Bromas, ¿eh?

PASTOR.—¡Ea! basta. (*Guarda el libro en el bolsillo interior del pecho.*) Déjenme las dos. (*Entra súbitamente por el foro izquierda don Alejandro seguido de Germán, el cual trae muchos papeles.*)

SECENA VI

PASTOR, DON ALEJANDRO y GERMAN

DON ALEJANDRO.—¿Qué es esto? ¡Eh! (*A Ester y Melchora.*) Largo de aquí. (*Vánse Ester y Melchora por el foro derecha una tras otra, recriminándose en silencio.*) ¿Qué quieren estas simplonas?

PASTOR.—Nada. Disputan y se pelean por cuál sirve mejor á su señora.

DON ALEJANDRO.—No haría mal mi sobrina en cambiar toda su servidumbre. (*A Germán.*) Deja aquí esos papeles. (*Se sienta junto al "necessaire".*) Aquí firmaré las cuentas (*Firmando.*); las presento al Juzgado nada más que por fórmula, pues mi tutoría ha sido, como sabe todo el mundo, un modelo de legalidad.

PASTOR.—Cierto. ¿Y las llevará usted al Juzgado?

DON ALEJANDRO.—No; las llevarás tú. Yo no puedo retrasar mi viaje á Barcelona. Tengo que asistir á la reunión de Sociedades de Seguros. Ocúpense ustedes de lo que hay que hacer para traspasar á Celia las cuentas de los Bancos. Todo puede quedar en regla mañana. Ahora falta que esas dichosas visitas levanten el campo.

PASTOR.—(*Asomándose por el fondo.*) Ya van desfilando.

DON ALEJANDRO.—Ya era tiempo.

ESCENA VII

Los mismos; CELIA y DOÑA MARGARITA, por la izquierda.

CELIA.—¡Ay! Ya descanso de las visitas. ¡Cuánta felicitación! ¡Cuánto halago! ¡Qué empalagosas dulzuras!

DOÑA MARGARITA.—Desde hoy eres el rico panal de la fábula.

DON ALEJANDRO.—Y á ti acuden cien mil moscas golosas; pero descuida: nosotros te las sacudiremos.

CELIA.—¡Qué insufrible mosconeo! (*Simulando que habla con las visitas.*) Ya veo vuestro pensamiento. Soy muy rica, muy rica; pero aquí me tienen decidida á no casarme nunca ó casarme con un pobre... Abur, abur. Vayan con vieno fresco.

DON ALEJANDRO.—Yo también detesto las visitas pegajosas.

DOÑA MARGARITA.—Ya has cumplido por hoy tus obligaciones con la sociedad. Yo, menos feliz que tú, tendré visiteo para toda la tarde.

CELIA.—(*Cariñosa.*) Tiíta. ¿Te ha sentado bien el bromuro?

DOÑA MARGARITA—.Divinamente; tengo la vista clara, y la cabeza despejadita... Hoy presido en casa la Junta de damas que protege la trata de blancas.

CELIA.—¿Qué has dicho, tiíta?

DON ALEJANDRO.—(*Sonriendo.*) Ha dicho usted que protegen la trata.

DOÑA MARGARITA.—No, no; que persiguen... que perseguimos... esa infamia.

CELIA.—¡Pobrecita tía!

DOÑA MARGARITA.—En la Junta de hoy te nombraremos vocal, y desde la próxima semana tendrás que asistir á nuestras reuniones.

CELIA.—(*Horrorizada.*) ¡No por Dios, tía! no me meta usted en esas andanzas; no sirvo yo para eso.

SIMON.—(*Por el foro, anunciando.*) La señora Duquesa de Armada; la señora Marquesa de Valvanera.

DOÑA MARGARITA.—Ya empiezan á llegar las de la Junta; voy á presidir. (*Vase por la izquierda renqueando.*)

DON ALEJANDRO.—Y yo á prepararme para bajar á la Estación. (*A Pastor, dándole unos papeles.*) Esto, al Juzgado.

PASTOR.—(*Metiéndoselos en el bolsillo.*) Muy bien.

DON ALEJANDRO.—(*A Germán.*) Tú no olvides de hacer firmar á Celia las tres cartas á los Bancos.

GERMAN.—Ya, señor; váyase tranquilo.

DON ALEJANDRO.—(*Mirando su reloj.*) Hasta luego, Celia. No me iré sin decirte adiós.

ESCENA VIII

CELIA, GERMAN

CELIA.—Según dijo mi tío, algo tengo que hacer todavía.

GERMAN.—Poca cosa, señora; firmar las cartas que usted dirige á los tres Bancos, para que le abran cuenta coriente.

CELIA.—Venga. ¿Dónde firmo?

GERMAN.—Aquí, señora.

CELIA.—(*Deja la pluma.*) Ya están las tres. Yo creí que con un solo Banco bastaba.

GERMAN.—Cierto que con uno bastaría; pero, como dice el refrán, por mucho pan no es mal año.

CELIA.—¿De modo que en los tres Bancos tengo dinero?

GERMAN.—Mucho dinero... para disponer cuando guste de las cantidades grandes ó chicas que vaya necesitando. Aquí tiene la señora los tres talonarios.

CELIA.—¿Y esto es tan solo para las necesidades menudas de la vida corriente? Detrás de esto hay más.

GERMAN.—Mucho más.

CELIA.—Siéntate, Germán. (*Germán se sienta al otro lado del pupitre.*) Háblame con toda franqueza. ¿Es cierto que soy tan rica?

GERMAN.—Inmensamente rica.

CELIA.—¿Y cres tú—háblame con sinceridad—que todo eso es mío, exclusivamente mío?

GERMAN.—Pues ¿de quién ha ser más que de usted, única heredera de los señores Marqueses de Monte-Montoro?

CELIA.—¿Y mis padres heredaron de mis abuelos esa riqueza?

GERMAN.—No conozco bien la historia de su ilustre familia.

CELIA.—¡Ay, Dios mío! ¿Creerás que ser tan rica me causa tristeza?

GERMAN.—¿Por qué, señora?

CELIA.—No sé cómo expresarlo. Oye, Germán, otra cosa. ¿Puedes decirme la cifra, poco más ó menos á que ascienden esos caudales míos?

GERMAN.—Puedo hacer un cálculo aproximado. En valores mobiliarios,

en propiedad rústica y urbana, la señora posee un capital, cuya renta no bajará... (*Calculando.*)

CELIA.—Calcula bien; no te equivoques.

GERMAN.—Una renta de dos mil seiscientos á dos mil ochocientos duros diarios.

CELIA.—(*Llevándose las manos á la cabeza.*) ¡Diarios! ¿Sabes lo que dices? (*Germán hace signos afirmativos.*) Pues ahora te digo que el ser tan rica me confunde... me abruma.

GERMAN.—No lo entiendo.

CELIA.—No ceso de pensar que la mayor parte de los seres humanos viven en la miseria.

GERMAN.—Cierto. También lo es que, por existir tanta pobreza en las clases inferiores, las clases ricas tienen la satisfación de hacer mucho bien, protegiendo y amparando á los desvalidos.

CELIA.—Eso me consuela; en cambio, la regla social de que las mujeres ricas han de casarse con hombres ricos, y las pobres con pobres, me entristece... me aturde.

GERMAN.—Difícil es, señora, cambiar esa regla.

CELIA.—Pues yo te digo que me andan por el magín ideas que no vacilo en llamar atrevidas.

GERMAN.—¿Qué ideas son esas, señora? Dígamelas.

CELIA.—Si yo fuera hombre, ó si las mujeres gobernaran, yo haría una ley ordenando que todas las ricas se casaran con muchachos pobres; no quiero decir con muchachos desarrapados y sucios, sino decentitos y bien educados.

GERMAN.—La ley sería justa, pero irealizable en la práctica, y habría que completarla.

CELIA.—Ya sé...; ordenando que los caballeros ricos se desposaran con doncellitas del pueblo. La ley debiera aplicarse severamente, sin falsearla como se falsea todo en España.

GERMAN.—Muy bien.

CELIA.—Dime otra cosa, Germán... y no lleves á mal que tu ama te hable con la mayor franqueza... Dime, Germán, ¿tú eres pobre?

GERMAN.—Bien sabe la señora que mi única renta es el sueldo que cobro en esta casa.

CELIA.—Y que lo ganas bien; todo el santo día haciendo cuentas... ¿Y no tienes tú algún pariente próximo ó lejano que pueda dejarte una herencia?

GERMAN.—Todos mis parientes son más pobres que yo.

CELIA.—Pues estás aviado; tú me dijiste hace días que si eras pobre de bolsillo, eras rico de cerebro; es decir, que á falta de dinero tienes ideas grandes, felices, que un día pueden ser fecundas.

GERMAN.—Así lo dije; tengo ideas, propósitos y planes que, realizados con arte y conocimiento de la vida, podrían llevarme á mejor posición.

CELIA.—¿Y por qué no me explicas esos planes tuyos? Podría yo ayudarte...

GERMAN.—Son sueños de pobre, señora. Condición del pobre es soñar, imaginar arbitrios honrosos para que vengan á su bolsillo los dineros que en otros bolsillos están de sobra. Pienso constantemente en el equilibrio social, que hoy no existe, y que debe existir para que tengamos justicia en la tierra. ¿Qué razón hay para unos carezcan de medios de vida y otros los posean de un modo exorbitante? Por todas partes vemos que la inteligencia y la actividad perecen, y la holganza sin ideas rebosa de bienestar.

CELIA.—Sí, sí; ese desequilibrio es horrible: tienes talento, Germán.
GERMAN.—(*Con modestia.*) Señora, por Dios...
CELIA.—Tienes talento; bien claro lo demuestras; concibes medios ingeniosos para enriquecerte sin conseguirlo; y en cambio yo, que soy una bruta y no discurro nada...
GERMAN.—(*Vivamente.*) No siga usted por ese camino, señora; usted es una dama inteligentísima de noble corazón, y yo un infeliz.
CELIA.—No te rebajes, hipócrita; tú vales mucho, Germán. Aquel día cuando me hablabas de tus proyectos y tus invenciones, dijiste: "yo haría esto y lo de más allá si tuviera capital, algún capital".
GERMAN.—Así lo dije, y no me vuelvo atrás; imaginaba yo una Sociedad de Seguros enteramente popular...
CELIA.—En suma: que no tienes capital, y sin capital, los sueños, sueños son.
GERMAN.—Y los sueños míos... no pueden tener un despertar positivo.
CELIA.—¿Qué sabes tú, tonto? ¿Por qué no has de despertar en una realidad hermosa?
GERMAN.—(*Suspenso.*) Señora...
CELIA.—Volvamos nuestros ojos hacia el equilibrio social. ¿Tú no tienes capital? Pues bien, yo lo tengo.
GERMAN.—(*Levantándose súbitamente emocionado.*) Señora... ama y señora mía; ¿se burla usted de mí?
CELIA.—No me burlo; digo que tú tienes las ideas indusrtiales, y yo el capital.
GERMAN.—(*Paseándose agitado por la escena.*) Usted me trastorna, me enloquece.
CELIA.—(*Levántase y va tras él.*) Pero, ¿qué dices?
GERMAN.—(*Detiénese y se pasa la mano por la frente.*) Perdóneme usted, Celia; es usted un ángel.
CELIA.—(*Riendo.*) ¡Un ángel yo! Ja... ja. ¡Pues si mi tía Margarita dice que soy un demonio! Ja... ja. Un demonio, sí, porque gusto de rebelarme contra la rutina social; porque no soy hipócrita ni encubro mis sentimientos.
GERMAN.—Yo repito que usted es un ángel. (*Celia sigue riendo.*) Bueno pues un demonio, un demonio encantador, un diablillo angelical.
CELIA.—Siéntate. (*Le lleva á la silla donde ella estaba sentada.*)
GERMAN.—¿Aquí?
CELIA.—Aquí, en mi sitio.
GERMAN.—¿Y usted se sienta donde yo estaba?
CELIA.—No; el diablillo angelical se pasea para que le dé el aire. (*Se pasea.*) Bueno; pues hablemos ahora. Sigo desarrollando mi tesis... como dice mi padrino don Cristóbal, que á todo triquitraque saca su tesis. Ayer, al sentarnos á comer, dijo: "mi tesis es que antes de la sopa no se debe comer melón".
GERMAN.—Así habla el buen señor. Hable usted, Celia, aunque sea con tesis.
CELIA.—Pues mi tesis es, que es forzoso aplicarte la ley de equilibrio social; esa ley, todavía no promulgada, pero que se promulgará, me anticipo á la obra legislativa disponiendo que te cases con una mujer rica.
GERMAN.—(*Atónito.*) ¿Yo? Y esa mujer, ¿dónde está?
CELIA.—¡Ah! Ya la buscaremos: yo te la buscaré. ¿De qué te asombras? ¿Es cosa nueva que un pobre se case con una rica?
GERMAN.—(*Absorto.*) No es nuevo; pero es imposible que esas cosas pasen por inspiración repentina.

CELIA.—Pero, tonto; al hablarte de buscar la novia, no es cosa de hoy ni mañana; en esto, como en todo, no se puede hacer nada sin contar con el tiempo.

GERMAN.—¿Pero usted se ha fijado ya en alguna?

CELIA.—A su tiempo lo sabrás.

GERMAN.—Debo saberlo pronto; porque si es antipática, fea y de mal carácter, no la quiero, aunque me la traigan con todas las minas del Potosí.

CELIA.—Has de aceptarla previamente: yo te aseguro que no he de darte ningún esperpento.

GERMAN.—Pues bien; me fío de usted absolutamente. Acepto la mujer que me traiga: ¿será bonita?

CELIA.—No me preguntes nada; has dicho que aceptas á ciegas.

GERMAN.—Pues á ciegas.

CELIA.—Figúrate á tu futura como la más conforme á tu ideal.

GERMAN.—Me manda usted que siga soñando. Imagino á mi futura con la forma y atributos que más me agradan... Pero esto no puede ser, señora mía: ¿cómo quiere usted que yo fabrique con los elementos de mi pobre fantasía una mujer distinta de la que tengo ante mis ojos?

CELIA.—(*Risueña y graciosa.*) Prescinde de mí; bórrame á mí, tontaina, y compón la imagen de tu futura como mejor te cuadre.

GERMAN.—(*Cerrando los ojos.*) No puedo, no puedo... Apártese usted, Celia; déjeme solo si quiere que yo imagine persona que no existe, que no puede existir fuera de aquí.

CELIA.—Sosiégate, pobrecito: paréceme que has caído en un error...

GERMAN.—¿Un error? ¿Cuál es?

CELIA.—Una equivocación nacida de tu amor propio.

GERMAN.—(*Confuso.*) Ya...; es que...

CELIA.—(*Soltando la risa.*) ¿Es que te has creído, pobre iluso, que la mujer rica que yo te proponía para esposa soy yo? (*Sigue riendo.*)

GERMAN.—(*Atolondrado.*) Creí... no, no; no pude creer tal absurdo. Perdóneme usted, señora.

CELIA.—Estás perdonado; vuelve en ti.

GERMAN.—Vuelvo en mí.

CELIA.—No te incomodes. Si creíste que era yo tu prometida, te subiste demasiado alto. Tu ambición te cegó, Germán.

GERMAN.—Soy hombre; nadie está libre de una ilusión absurda; el soñador, disparado, fácilmente se sube al cielo.

ESCENA IX

CELIA, GERMAN, ESTER. Ester entra de puntillas cautelosamente por el foro derecha.

CELIA.—¿Quién entra?

GERMAN.—(*Muy inquieto.*) No sé; voy á ver. (*Dirígese hacia el fondo, y al ver á Ester, por señas le dice enérgicamente que se marche.*)

ESTER.—(*Con voz casi imperceptible.*) ¿Está?

GERMAN.—(*Aterrado, imponiéndose silencio.*) ¡Chitón! (*Obligándola á salir á empujones.*) Fuera: ahora no puede ser; la señora está ocupada. (*Desaparece Ester; Germán, disimulando con mucho trabajo su consternación, vuelve al lado de Celia.*)

CELIA.—¿Quién era?

GERMAN.—(*Vacilando.*) La... una de las pinchas... Rafaela... Ha corrido la voz de que la señora piensa variar su servidumbre.

CELIA.—¡Qué disparate! (*Oyese vocerío lejano de mujeres por el foro derecha.*) ¿Pero qué voces son esas?

GERMAN.—(*Agitadísimo.*) Señora, no sé...

CELIA.—Vete un momento allá, y diles que no he pensado en despedir á nadie; que á su tiempo sabrán lo que pienso hacer en mi casa.

GERMAN.—Voy, señora. (*Va y vuelve por la escena, sin saber qué hacer.*)

CELIA.—Tranquilízalas, y vuelve acá, que tengo algo más que decirte. (*Germán, al retirarse por el fondo derecha, hace gestos de desesperación, golpeándose el cráneo con las manos.*)

ESCENA X

CELIA, sola; después DON ALEJANDRO y PASTOR

CELIA.—Agitado está el hombre; claro, después de lo que le he dicho... (*Pensativa.*) ¡Ay! Si me habré clareado más de lo conveniente... Mi intención no era otra que abrirle camino para que se declarara. Pobre muchacho, ¡cómo temblaba! No sabía qué decir...; y la cosa no es para menos. ¡Hay que ver!... Un pobre chico que en mi casa gana cincuenta duros, verse de improviso... ¡Jesús! le parecerá que es un cuento de las mil y una noches... Yo también estoy agitada, nerviosísima... Seguramente, cuando vuelva él, me dirá... ¿qué me dirá? (*Se sienta meditabunda; coge el retrato de su madre, que está sobre el pupitre; lo besa; habla con el retrato.*) Madre, á ninguna persona viva sé yo comunicar las dudas, las esperanzas, las emociones que turban mi alma; me comunico contigo, con tu noble espíritu, que siempre me ha confortado en mis días de perplejidad y ha inspirado mis resoluciones. ¿Verdad, madre mía, que estoy en lo justo eligiendo á Germán para compañero de mi vida? Tú piensas, como yo, que Germán es bueno, honrado, inteligente como pocos; su corazón es noble; de su mente privilegiada brotan ideas generosas; ¿verdad, madre, que apruebas mi elección? Tus ojos dulces, que nunca me engañan, me dicen ahora, me dicen... (*Se interrumpe al ver entrar por la puerta primera de la izquierda á don Alejandro vestido de viaje, seguido de Pastor.*)

DON ALEJANDRO.—Celia, entré en el salón á despedirme de la tía Margarita, y allí me encuentro á las damas de la Junta benéfica, que desean saludarte; te han nombrado vocal, y debes ir un momento á darles las gracias... Ven.

CELIA.—¡Ay, qué fastidio!

PASTOR.—Si no es más que una fórmula; una fórmula social.

DON ALEJANDRO.—Vamos, no seas tonta. (*Cogiéndola por el brazo. Oyese vocerío de mujeres por el jardín.*) ¿Qué chillidos son esos?

PASTOR.—Nada, un motín de criadas; yo las arreglaré.

DON ALEJANDRO.—Un momento nada más; das las gracias á las señoras, y te sales diciendo que tienes que hacer en casa. (*Se la lleva rápidamente por la izquierda.*)

ESCENA XI

PASTOR, GERMAN

PASTOR.—(*Mirando hacia el fondo.*) ¡Vaya con la trifulca que nos han armado esas mujeres! Lo peor es que tienen rzón. El motín va contra Ester, esa mosquita muerta.

GERMAN.—(*Viene muy sofocado por el fondo.*) Don José, por Dios; trate usted de hacerlas entrar en razón.

PASTOR.—Eso tú, que eres el verdadero causante de esta revolución femenina; tú has alborotado el gallinero; tú, gallito arrogante y de canto gracioso. Debiste lucir en otra parte tus dotes de galán irresistible; no en esta casa honrada y austera.

GERMAN.—Don José, se hace usted eco de hablillas y calumnias.

PASTOR.—Germancito, soy el eco de la verdad. Hace un año, cuando se te dió habitación en la parte alta de la casa, ganaste la voluntad de Melchora, esa hembra lozana...

GERMAN.—Don José, peccata minuta; es casada y separada del marido.

PASTOR.—Cierto; pero tú, tenorio de criadas, fuiste luego revoloteando de flor en flor hasta dar en la pobre Ester, rematando en ella la serie de tus conquistas.

GERMAN.—Oigame usted, don José; yo le explicaré...

PASTOR.—No me expliques nada; los hechos son hechos, y las verdades verdades. Yo supe tus travesuras no hace mucho; pero no soy acusón, ni gusto de meterme en vidas ajenas.

GERMAN.—(*Agitado.*) Mi querido don José, siga usted discreto y silencioso; ayúdeme á disipar la malquerencia de esas malas mujeres, y...

PASTOR.—No, no; yo no puedo callar. Celia, que ya es ama tuya, mía y de todos, debe tener conocimiento de tus fechorías. Ya estás descubierto; si no quieres poner tu cara en vergüenza, huye de esta casa.

GERMAN.—(*Aterrado.*) No; lucharé hasta el fin; negaré. (*Dirigiéndose al fondo, mira hacia el jardín.*) Las amotinadas parece que se dirigen hacia el salón donde está Celia.

PASTOR.—Sí, sí; en el salón está reunido el concilio de las damas.

GERMAN.—Pero no se atreverán á entrar.

PASTOR.—Esperan la salida de Celia para quitarte la careta.

GERMAN.—Melchora va delante manoteando y vociferando.

PASTOR.—Buena te ha caído; haz caso de mí, Germancito: toma las de Villadiego.

GERMAN.—(*Volviendo al proscenio.*) Si usted me ayuda, don José, levantaremos una barrera entre Celia y las mentiras de esa maldita Melchora.

PASTOR.—(*Acercándose á la puerta de la izquierda, acecha con ojos y oídos lo que pasa en el interior.*) Ya es tarde; ya sale Celia del salón; es acometida por Melchora; márchate, Germán.

GERMAN.—¡Con qué placer, señor, estrangularía yo á esa víbora!

PASTOR.—No empeores tu situación.

GERMAN.—(*Suplicante.*) Defiéndame usted; yo se lo ruego, por lo que más quiera en el mundo. Este malhadado accidente viene á truncar mi vida.

PASTOR.—Has sido muy torpe, Germán.

GERMAN.—(*Dolorido.*) Muy torpe, sí; Celia me estimaba.

PASTOR.—Te estimaba, sí; más de lo que merecías. El tenorio de criadas no debió nunca poner sus ojos villanos en el rostro de la señora.

GERMAN.—Soy indigno, lo sé. ¿Qué debo hacer ahora?

PASTOR.—Desaparecer de esta casa; borrarte del pensamiento de Celia. (*Mirando por la izquierda.*) Celia viene ya; vete, vete pronto.

GERMAN.—(*Con ademán de desesperación.*) Un ángel de bondad quiso subirme al cielo, y ahora estos demonios, tirándome de los pies, me arrojan á los profundos abismos. (*Sale corriendo por el foro izquierda.*)

ESCENA XII

PASTOR, CELIA, MELCHORA

PASTOR.—Pobre chico. Engendro lastimoso de esta edad compleja; inteligencia superior; conducta equívoca, falaz...

CELIA.—(*Muy turbada, seguida de Melchora.*) ¿Pero qué es esto, Pastor? ¿Sabes lo que dice esta mujer?

MELCHORA.—La verdad, señora; ahí está don José que tiene la prueba.

CELIA.—¿Pero lo que me dices no es un cúmulo de mentiras y calumnias?

MELCHORA.—Verdad es como la luz bendita.

CELIA.—(*Poniendo sus dos manos en los hombros de Pastor.*) Pastor, mi mejor amigo, mi consejero, ilumíname.

PASTOR.—Sosiégate, hija mía; esto no tiene importancia. Afirma Melchora...

MELCHORA.—Aunque me da mucha vergüenza confesarlo, lo digo, lo confieso... ese pillastre de Germán... largos meses me tuvo engañada.

CELIA.—¿Qué dices?

MELCHORA.—Luego, el muy tunante picó más alto, dedicándose á conquistar á la señorita Ester con halagos y promesas que hubieran rendido á la más pintada.

CELIA.—(*Indignada.*) Eso es imposible; eso es falso. Mientes como una bellaca envidiosa.

MELCHORA.—Por no escandalizar, he callado; pero ya es hora de decir muy alto que, desde hace un mes, he venido observando que el galán irresistible, se colaba lindamente todas las noches en el dormitorio de la virtuosísima señorita Ester.

CELIA.—(*Protestando airadamente.*) ¡Falso! Ester es honrada; es mi hermana de leche; la he criado en mi casa.

MELCHORA.—Ha deshonrado la casa en que se crió.

CELIA.—¡Falso! ¿Verdad, Pastor, que es falso?

PASTOR.—Déjala que hable.

CELIA.—(*Furiosa.*) No; no más. ¡Infame! Sal de mi presencia; sal de mi casa.

MELCHORA.—Sí; me voy con sentimiento por dejar una casa tan buena; pero la señorita me concederá un minuto más para que pueda decirle lo que falta, y sacar á la señora de su engaño.

CELIA.—Acaba pronto, y márchate. Me das horror.

MELCHORA.—Pues oiga la señora. El tunante de Germán, después de divertirse cuanto quiso con la señorita Ester, le ha dado palabra de casamiento en un librito de versos que los dos leían todas las noches, á solas, en el cuarto de Ester.

CELIA.—Embustera; no creo nada de eso.

MELCHORA.—El librito lo tiene don José; y dicho esto, no molesto más. (*Se arrodilla.*) Perdóneme la señora Marquesa el mal rato que le he dado: ya sabe que la quiero... Y que me voy de esta casa llorando de pena. (*Llora.*)

PASTOR.—¡Ea! Sal, sal. (*Llorando se va por el fondo, empujada por Pastor.*)

ESCENA XIII

CELIA, PASTOR; después ESTER, que asecha sigilosamente desde el foro derecha asomando a ratos la cabeza, escondiéndola en seguida.

CELIA.—(*Oprimiendo la cabeza con las manos.*) ¿Estoy soñando? Pastor, ven; dime.

PASTOR.—Cálmate; no des á esto importancia excesiva. Por de pronto, te digo que Germán no es digno de la estimación que le tienes.

CELIA.—¡Dios mío! ¿Cómo pude engañarme á tal extremo?

PASTOR.—Te engañaste porque es un sér complejo. En la oficina cumple con exactitud y diligencia sus obligaciones; no puede ponerse tacha á su honradez; pero cuando llega la noche, es un perillán travieso, que se dedica á los amoríos fáciles.

CELIA.—¡Qué enormidad! Y yo, inexperta y sin conocimiento de la vida. ¡Ay, Pastor! Si yo te contara...

PASTOR.—Cuéntamelo... pero no es preciso; á tiempo has vuelto de tu herror. Germán te ha fascinado momentáneamente con los destellos de su imaginación. Es un histrión terrible. Se disfraza con habilidad pasmosa.

CELIA.—(*Con grande agitación.*) Pero ese libro que le servía para comunicarse con Ester...

PASTOR.—Aquí lo tienes. (*Se lo da.*) Pero no lo leas ahora; tiempo tienes.

CELIA.—(*Nerviosa, trémula, coge el libro.*) *Espronceda;* (*Lo abre.*) ahora mismo lo veré. (*Lee.*) "Idolo mío..." (*Hojeando rápidamente el libro, lee otra vez.*) "Tu amantísimo esposo..." (*Arroja el libro sobre la mesa; rompe á llorar.*)

PASTOR.—No te sofoques, hija mía; ¿por qué lloras?

CELIA.—Este llanto es rabia, ira, desprecio de mí misma. Oyeme, Pastor, y no me juzgues peor de lo que soy. (*Sollozando.*) Ho,y cuando la ley me declara mayor de edad, haciéndome dueña de mi voluntad y de mis bienes, he estado á punto de... ¡ay, qué dolor! Fué una obcecación, un loco ensueño; ignorando yo estas infamias, en poco estuvo que comprometiera mi existencia futura dejándome llevar de una ilusión infantil. ¿No lo comprendes, Pastor de mi alma?

PASTOR.—Sí lo comprendo. Pero ya pasó tu ceguera; ya ves clara la realidad.

CELIA.—No la veo clara, no; dame más luz, Pastor; hazme el favor de llamar á Germán; tráele aquí; quiero oir sus descargos.

PASTOR.—En esto, hija mía, me permitirás que te desobedezca; he resuelto despedir á Germán.

CELIA.—¡Le has despedido!

PASTOR.—Ya no está en casa.

CELIA.—(*Dominada por la aflicción repentina.*) ¡Ya no está en casa; ya no le veré más. (*Llora en silencio.*)

PASTOR.—(*Después de una pausa.*) Basta ya, hija mía, Germán no es digno de tus lágrimas; sosiégate, y dime que apruebas mi conducta.

CELIA.—(*Secando sus lágrimas.*) Aprobada; he sido una tonta. Despierta, corazón; soy quien soy, y aquí no ha pasado nada.

PASTOR.—Así, así.

CELIA.—Recoge ese libro ignominioso. Te concedo que hiciste bien en despedir á Germán; pero no me negarás el derecho de interrogar á esa mujer falsa, á esa mujer hipócrita.

PASTOR.—¿Ester?

CELIA.—Sí; la he amado mucho: quiero ver con qué cara y con qué modos se presenta ante mí esa desgraciada; llámala. (*Aparece por el fondo Ester andando quedamente, paso á paso, con aire receloso.*)

PASTOR.—No es preciso llamarla; aquí está.

CELIA.—Entra, mujer; ¿qué te pasa?; ¿qué miedo es ese?

ESTER.—(*Con voz temblorosa, avanzando más.*) Antes que me llamaras... vengo á decirte... vengo á explicarte...

CELIA.—Tus explicaciones son innecesarias; ese libro me ha contado tus desvaríos.

PASTOR.—(*Hablando al oído de Celia.*) Modérate; conviene que seas benigna, tolerante con las flaquezas humanas.

CELIA.—Tendrás mi perdón; pero el cariño mío y las atenciones que te tuve mirándote como hermana, criándote á mi lado... eso, Ester, eso que tanto vale, ó que tanto debía valer para ti, lo has perdido para siempre.

PASTOR.—(*Al oído de Celia.*) No tanto, hija.

ESTER.—Bien sabe Dios que no soy desagradecida; sé cuánto te debo, Celia; échame en cara mi falta, que yo reconozco; pero no me acuses de ingratitud.

CELIA.—Si tuvieras gratitud, no habrías deshonrado mi casa.

ESTER.—(*Humillándose.*) Grave falta ha sido; considera, Celia, que es pecado de amor; debilidad á que estamos sujetas todas las mujeres, sobre todo las que somos de clase humilde.

CELIA.—¿Hablas de clase humilde? ¿Pero no adviertes que la dignidad de mi casa te ennoblecía?

ESTER.—Me ennoblecía, sí, en lo externo; yo he correspondido á esa nobleza sirviéndote fielmente. Pobre nací, pobre soy. En esta situación, en la soledad de tu casa, tan noble y tan digna, un hombre pobre como yo, servidor como yo de tu ilustre familia, me habló de amores; sus palabras tiernas, dulcísimas, ganaron mi voluntad; temblé, fuí vencida, caí; declaro mi culpa. El hombre que amo, que amaré toda mi vida, ha salido de esta casa; yo me iré con él; déjame ir, Celia.

CELIA.—(*En un arrebato de ira.*) Traidora, desleal; no sólo te dejo ir, sino que te despido; te arrojo de mi casa.

PASTOR.—Moderación, hija; no comprometas tu dignidad.

ESTER.—(*Serena.*) Ya he recogido toda mi ropa, y estoy dispuesta á salir sin demora.

CELIA.—(*Sin poder reprimir su ira.*) El hombre que te ha seducido, engañó antes á muchas.

ESTER.—No diré que no. Pero yo te aseguro, Celia, que á mi lado sólo será mío.

CELIA.—¿Qué dices? El veneno de las palabras engañosas de Germán, te ha corrompido el entendimiento; él es un falsario sin pudor, y tú una infeliz idiota que se deja engañar por el primero que llega.

ESTER.—(*Manteniéndose tanto más serena cuanto más se descompone Celia.*) A mí puedes decirme cuanto quieras; tienes derecho á ello; pero á Germán no le ofendas delante de mí.

CELIA.—Es un infame; es un hombre indigno, repugnante.

ESTER.—¿Pero qué? ¿En la administración de tu casa no ha cumplido como debía? ¿Se ha equivocado en las cuentas? ¿Te ha robado algo?

CELIA.—Eso, no.

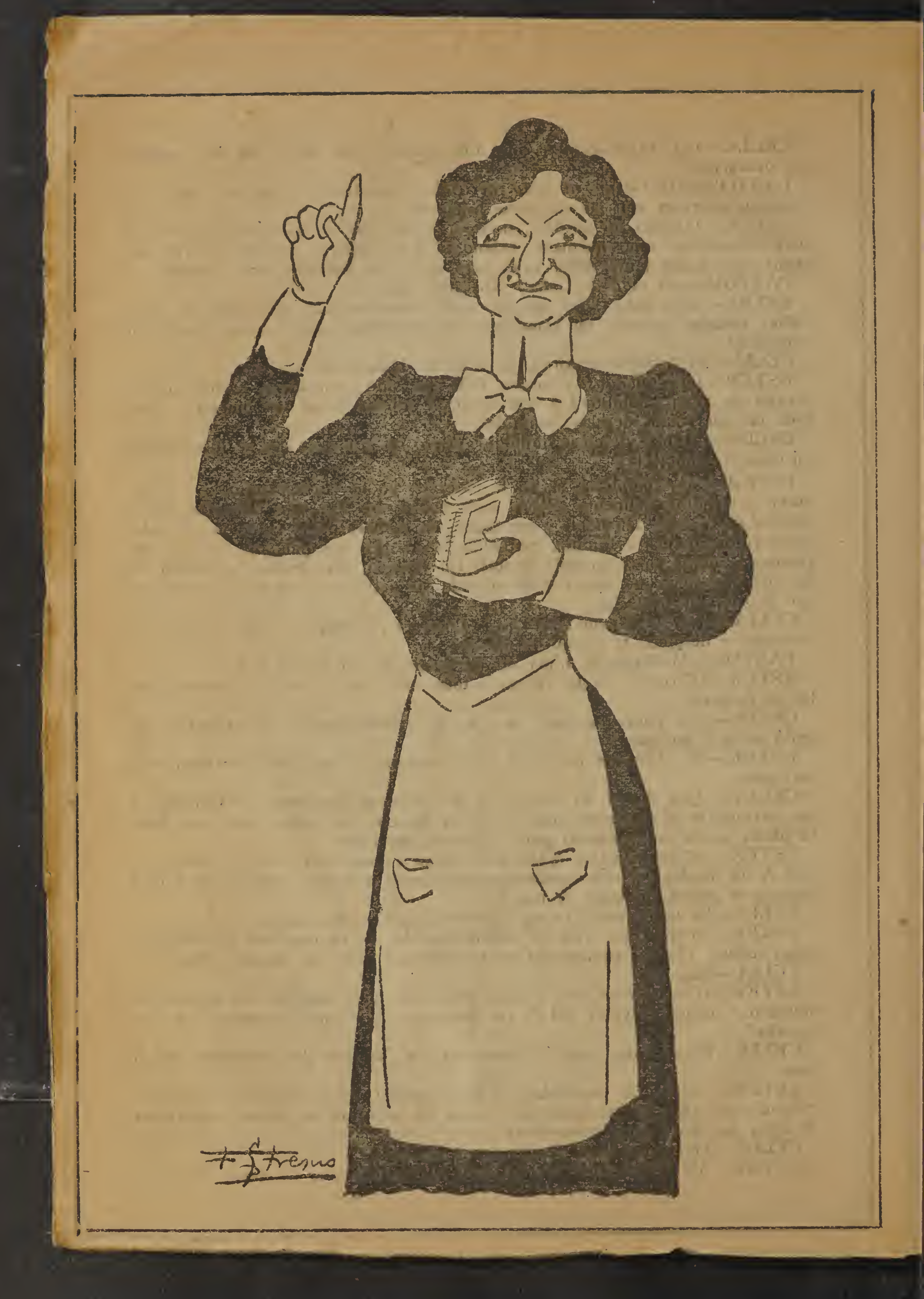
ESTER.—(*Creciéndose ante Celia.*) Pues entonces, digo yo: si Germán es honrado y bueno, servidor fiel de tus intereses, ¿por qué le injurias con tanta saña?

CELIA.—Porque más que los intereses me importa la moralidad de mi casa.

ESTER.—¡Ah! ¡La moralidad! Tienes razón; yo he faltado á esa moralidad; por algo te han nombrado vocal de la Junta de damas encargadas de velar por las buenas costumbres.

CELIA.—Arrogante estás, Ester; no te conozco.

ESTER.—Mi falta, quizá, me ha dado arrogancia que no tenía. El amor,


F Fresno

Celia, si por un lado envilece, por otro engrandece á las criaturas; yo te respetaré siempre; pero en esta ocasión, me asombro de que una gran señora como tú, harta de virtudes, harta de millones, se rebaje á intervenir con tanta furia en los amores de estas pobres criadas.

CELIA.—(*Trastornada por la ira, sin saber qué decir.*) Yo no me rebajo, es que...

PASTOR.—(*Aparte á Celia, asustado.*) Calla; despídela pronto.

CELIA.—(*Sin mirar á Ester.*) Recoge tu infame libro.

ESTER.—(*Recogiendo de la mesa el libro, y estrechándolo contra su pecho.*) Yo amo á un hombre; este hombre es mío, y no puede ser de otra mujer. (*Pastor abraza á Celia; hace signos á Ester de que se vaya.*)

ESTER.—Ya me voy...; sé trabajar, él también; no nos moriremos...

CELIA.—Acabemos ya.

ESTER.—Decía que no nos moriremos; Germán y yo sabremos luchar por la vida; el amor nos dará fuerza para vencer en esa lucha. ¡Ay, Celia! luchar es un goce que tú no puedes conocer. Adiós: me despido de la que me ha llamado su hermana, de la que me ha protegido, de la que me ha educado. Soy buena, soy agradecida; no olvidaré nunca lo que te debo. Te quiero, Celia; te querré siempre; (*Con grande efusión cruzando las manos.*) te quiero, Celia, te quiero. (*Retírase hacia el fondo.*)

CELIA.—(*Mirándola espantada.*) ¿Qué dices, desgraciada?

ESTER.—(*Con acento firme, deteniéndose.*) Te quiero, te admiro y te respeto; pero no te envidio, pero no te envidio. (*Sale rápidamente por el foro.*)

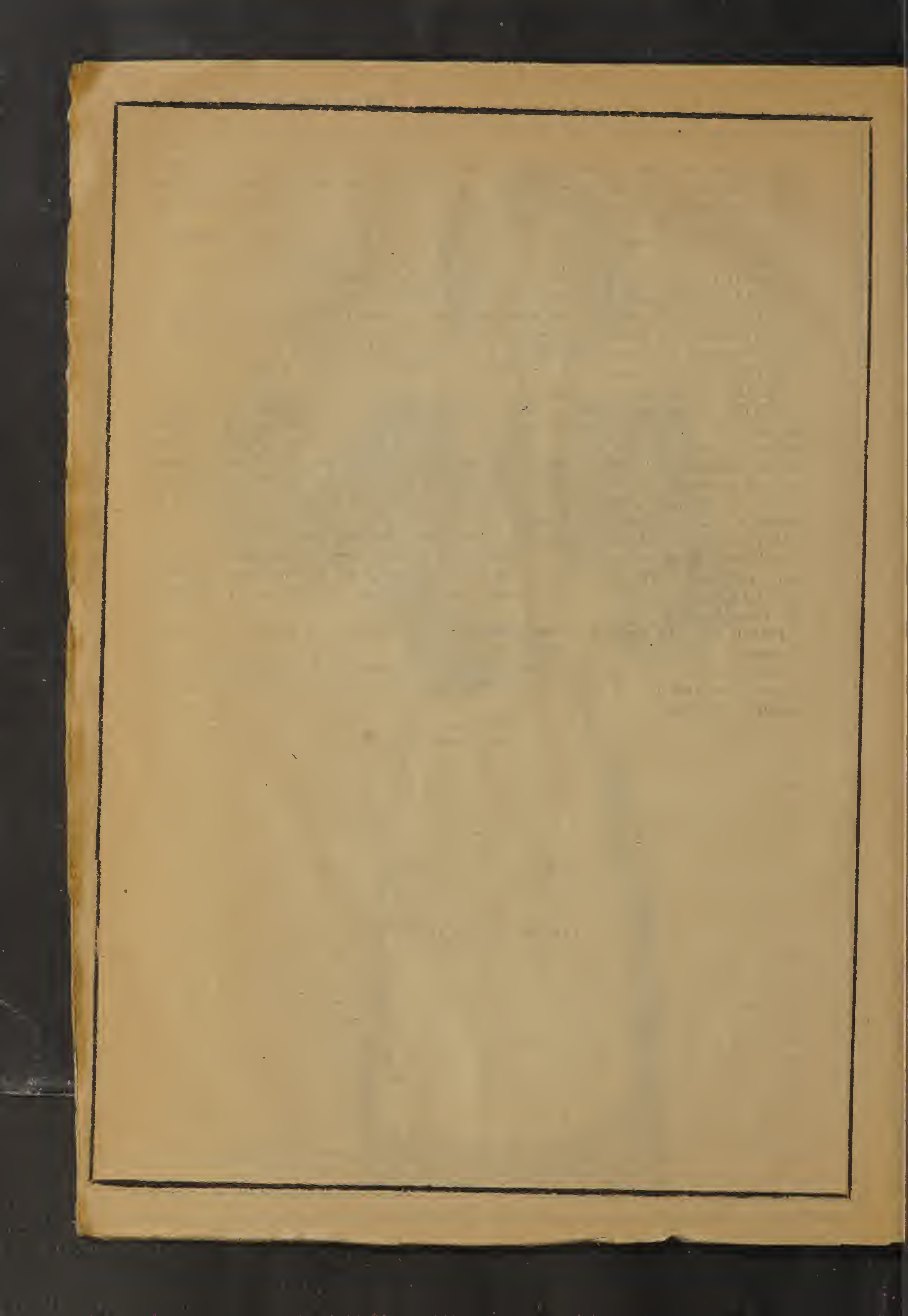
CELIA.—¿Has oído? (*Consternada, echándose en los brazos de Pastor.*) Me tiene lástima.

PASTOR.—Ha querido humillarte; pero no temas: tú tienes la fuerza, el poder.

CELIA.—No me envidia, y tiene razón. (*Cayendo en la silla, llora con grande amargura y desconsuelo.*) Ella vive; yo muero... ¡Maldito poder; malditas riquezas!

(Telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero.

ESCENA PRIMERA

DOÑA MARGARITA, LA CONDESA DE ANGOSTURA, LUCIA. La primera sale del oratorio con un libro de rezos en la mano, persignándose, acompañada de Lucía. La segunda entra por el foro derecha.

CONDESA.—Margarita, contra ti vengo.

DOÑA MARGARITA.—(*A Lucía.*) ¿Quién es?

LUCIA.—La señora Condesa de Angostura.

DOÑA MARGARITA.—¡Ah! Pilar; ven aquí. (*A Lucía.*) Déjame ya. (*Vase Lucía por la izquierda primer término. La Condesa y doña Margarita se juntan, se estrechan las manos y se dirigen al sofá de la derecha.*)

CONDESA.—Aquí me tienes otra vez.

DOÑA MARGARITA.—Siéntate á mi lado, Teresa.

CONDESA.—No soy Teresa; soy Pilar Angostura.

DOÑA MARGARITA.—¡Ah! perdona. Es que se me turba un poco la memoria, y equivoco los nombres de las amigas. Ven, sentémonos aquí. (*Se sientan.*)

CONDESA.—Me ha dicho Simón que Celia no está.

DOÑA MARGARITA.—Ha salido en coche. Mi sobrina divide hoy su tiempo entre dos ocupaciones absorbentes. Cuando no divaga por las calles, de tienda en tienda, se pasea por los libros; lee mucho, y su biblioteca crece como la yerba mala.

CONDESA.—Pues me alegro de que Celia no esté en casa; así hablaremos con más libertad. Ante todo, anoche en casa de Quimondo, dijeron que Celia está cada día más melancólica, más abstraída; lo atribuyen á la sofoquina que tomó cuando despedísteis á la pobre Ester.

DOÑA MARGARITA.—Eso ocurrió hace un año. (*Corrigiéndose.*); no, no; hace tres meses justos. Confundo y equivoco las fechas, como los nombres de las personas. Sigue: ¿qué tenías que decirme?

CONDESA.—Pues nada, lo de siempre: sigo cantándote mi letanía. Después de repetirte por centésima vez que no hay mejor marido para Celia que mi hijo Ricardito, te diré: Margarita, "ora pro nobis".

DOÑA MARGARITA.—Ya intercedo por ti; pero no respondo de que mis voces lleguen adonde deben llegar. Yo no ceso de poner á tu hijo en los cuernos de la luna: ¡qué guapito!, ¡qué excelente joven!, formalito, temeroso de Dios...

CONDESA.—Mi Ricardito es un ángel; bien lo sabes tú. No se junta con ninguno de esos bigardos que se pasan la vida charlando en los casinos. De mujeres no hablemos; yo creo que no las conoce más que por el forro. Es el tipo más perfecto del caballero español, noble y cristiano. Por cierto que hemos tenido que hacer un gran sacrificio para sacarle el Marquesado de Andújar, con Grandeza de España de primera clase. ¡Ay, hija!; nos ha costado un ojo de la cara: para pagar el impues de *Lanzas* y *medias annatas*,

hemos tenido que vender una dehesa. Este título fué concedido por los Reyes Católicos á un ascendiente mío, Don Alonso de Losada y Barrientos, que fué Adelantado de Cazorla, Veinticuatro de Sevilla, y Veedor de las almadrabas del Condado de Niebla.

DOÑA MARGARITA.—¡Ay, qué títulos tan preciosos! ¿Y te los dieron á ti los Reyes Católicos?

CONDESA.—A mí, no; al tatarabuelo de mi tatarabuelo; échale un galgo... De estas cosillas tocantes á la vanidad, debes hablar á Celia, que ha de sentirse muy halagada por la Grandeza de España y por llamarse Adelantada de Cazorla y Veinticuatra de Sevilla.

DOÑA MARGARITA.—De todas esas zarandajas le hablaré; descuida.

CONDESA.—Y que te ilumine Dios, amiga del alma.

ESCENA II

LAS MISMAS; DON EMILIO PATERNA y su esposa, que entran por el foro izquierda; después DON ALEJANDRO

TERESA.—(*Aparte á Paterna.*) ¡Ah! Ya está ahí la de Angostura, esa lagarta, trabajando el artículo.

PATERNA.—(*Saludando.*) Doña Margarita... La Condesa...

DOÑA MARGARITA.—Aquí tenemos al Barón de la Cinta.

TERESA.—No es el Barón de la Cinta; es Emilio Paterna.

DOÑA MARGARITA.—Sí, sí; es que me confundí.

PATERNA.—¿Qué tal, Margarita?

DOÑA MARGARITA.—Pasando. ¿Y en casa, bien?

TERESA.—Bien... Condesa, ¿cómo vamos?

CONDESA.—Así, así.

PATERNA.—¿No está Alejandro?

DON ALEJANDRO.—(*Entrando por el foro.*) Aquí estoy. Les he visto entrar... (*Avanza y estrecha la mano de las dos señoras. A Paterna.*) A tu casa iba yo ahora.

PATERNA.—Pues te evito el viaje. Tenemos que hablar. (*Apártase con don Alejandro á la izquierda del proscenio. Las señoras quedan á la derecha.*)

DON ALEJANDRO.—Aquí me tienes.

PATERNA.—¿Pero en qué estás pensando? ¿No se decide todavía esa niña voluntariosa?

DON ALEJANDRO.—Voluntariosa, tú lo has dicho; y tanto, que no he podido hacerle comprender que tu Luisito es el mejor partido para ella.

PATERNA.—Por esas vacilaciones ha surgido una complición, que quizás dé al traste con nuestro proyecto.

DON ALEJANDRO.—¿Qué es ello? Tu hijo continúa en París.

PATERNA.—Precisamente. Por su pericia en todos los deportes, por su natural elegancia, se lleva de calle á toda la juventud dorada que hormiguea en la *Ville Lumière*. De allá me dicen que ha cautivado el corazón de la hija de un archimillonario yanqui: me temo mucho que mi Luis se deje arrastrar por las seducciones auríferas de la damisela norteamericana, que además es muy linda.

DON ALEJANDRO.—Pues, Emilio, yo no sé qué decirte; Celia... (*Sigue hablando.*)

CONDESA.—(*En el grupo de las señoras.*) Oiga usted, Teresa. En casa de la Cumbres Pardas se ha dicho que á su hijo de usted, Luisito, le ha salido en París una novia espléndida.

TERESA.—Podrá ser.

CONDESA.—La hija de un millonario yanqui, conocido en el mundo financiero por el rey del bacalao...

CONDESA.—(*Burlándose.*) Rey del bacalao y príncipe de la vigilia ó abstinencia de carne. No la vendría mal esa novia á su hijo de usted, Pilar.

DOÑA MARGARITA.—¿Y por qué no? Si la yanqui es católica...

CONDESA.—Católico es mi Ricardo; pero no ayuna. (*Siguen charlando.*)



PATERNA.—Quien pierde más en esto, Alejandro, es tu sobrina, si no se decide pronto.

DON ALEJANDRO.—Harto lo sé. Es mi candidato predilecto, y no pasa día sin que yo cante á Celia las glorias de tu hijo.

PATERNA.—Pero es necesario que insistas.

DON ALEJANDRO.—¿Por qué no viene Luisito á Madrid?

PATERNA.—¡Pero si el chico viene, y tu sobrina le encaja unas calabazas de padre y muy señor mío!

DON ALEJANDRO.—No creo...

PATERNA.—Haz comprender á Celia que Luis no es ningún pelagatos. Ya sabes que ha de heredar á su abuela materna; la cuantía de esa herencia la conoces muy bien tú, que eres testamentario de mi suegra.

DON ALEJANDRO.—Unos cuatro millones calculo, en propiedad rústica y urbana.

PATERNA.—Y lo que yo tengo y puedo tener, bien lo sabes tú. Mi negocio de minas no va mal. Si consigo desaguar la de la Unión, y encuentro nueva veta en la de Almagrera, mis negocios irán como una seda.

DON ALEJANDRO.—Sí, Emilio, sí; pero yo no puedo responderte de Celia. Esa es otra mina que se nos ha inundado...

PATERNA.—(*Vivamente.*) ¿De qué?

DON ALEJANDRO.—De misticismo, de melancolía... Pasa las noches de claro en claro, leyendo... devorando libros de literatura, de sociología.

PATERNA.—¡Ay, Alejandro! Desconfiemos de la mujer que incurra en la *fatal manía de pensar*, como dijo no sé quién.

TERESA.—(*En el grupo de la derecha.*) Es extraño que siempre que venimos aquí, Celia se nos evapora; parece que huye de nosotros.

CONDESA.—Así es; siempre que venimos aquí, resulta que se ha ido de paseo.

DOÑA MARGARITA.—No digas eso, Pilar; recuerda que ayer tarde, cuando viniste aquí con tu hijo, Celia estaba en casa y os llevó en coche al Retiro ó á la Castellana; no sé...

CONDESA.—(*Atónita.*) Margarita, ¿estás en tu juicio? Yo no vine ayer. Los que acompañaron á Celia en su coche fueron la viuda de Quimondo y su hijo Pepito; ¡si les ví yo en el Retiro! Por cierto que esa tarasca de la Quimondo iba muy soplada de satisfacción, á la derecha de Celia, y en la delantera del landó el pedantuelo de Pepito, perorando como un sacamuelas... Margarita, tú estás equivocada.

DOÑA MARGARITA.—(*Llevándose las manos á la cabeza.*) ¡Ay, sí! No sólo confundo las personas, sino las familias.

TERESA.—¿Y ese Pepito Quimondo es uno de estos niños góticos que apestan por su sabiduría?

CONDESA.—Sí; es un chico precoz; se indigesta con la lectura, y luego vomita su erudición sobre su mamá y personas que la acompañan.

TERESA.—(*Dirigiéndose con paso ligero al grupo de los caballeros.*) Emilio.

PATERNA.—¿Qué?

TERESA.—Que debemos ponernos en guardia contra esa intriganta de la Quimondo.

PATERNA.—¿Por qué?

TERESA.—Ayer tarde estuvo aquí con su niño sabio, y Celia les llevó de paseo al Retiro, donde estuvieron toda la tarde.

PATERNA.—Ya te lo dije, Alejandro: Me dan mala espina las aficiones literarias y sociológicas de tu sobrinita... Dime, ¿ese escuerzo de Pepito Quimondo es catedrático?

DON ALEJANDRO.—No lo sé; según mis noticias, su madre trata de conseguirle una plaza de asesor técnico de primera enseñanza.

TERESA.—También la mamá es técnica; daba lecciones á domicilio, de francés y aritmética, cuando se enredó con Quimondo, que era un prestamista enriquecido... Por Dios, Alejandro; por el decoro y el porvenir de esta casa, impida usted resueltamente que Celia se nos vuelva catedrática.

DON ALEJANDRO.—No creo, no...

ESCENA III

LOS MISMOS; DON CRISTOBAL, que entra por foro izquierda.

DON CRISTOBAL.—Tanto bueno por aquí. (*Acude á saludar á las señoras.*) ¡Teresa, Pilar! (*Saluda á Paterna.*) ¡Hola, Paterna!

PATERNA.—Viene usted á tiempo, Cristóbal; estamos aquí tratando de un problema obscurísimo.

TERESA.—Y de la solución de este problema depende el porvenir y el esplendor de esta casa...

DOÑA MARGARITA.—(*Levantándose fatigada.*) Pilar, ¿quieres venir conmigo al oratorio? Estoy muy cansada, me marea la conversación.

CONDESA.—Sí, me voy contigo. (*Al oído de doña Margarita.*) El Paterna y su mujer me encocoran; no puedo resistir tanta soberbia y petulancia. (*Dirígense hacia el oratorio, puerta primera derecha.*)

DOÑA MARGARITA.—Verás qué lindo está el oratorio después de restaurado; todo es nuevo: las vidrieras, los muebles, el altar...

ESCENA IV

TERESA, PATERNA, DON ALEJANDRO, DON CRISTOBAL

DON CRISTOBAL.—¿Y á eso llaman ustedes problema?

TERESA.—Llamémoslo acertijo.

DON ALEJANDRO.—Empezaremos por enumerar los pretendientes á la mano de Celia. El primero es el celebrado *sportman* de fama mundial, don Luis de Paterna.

TERESA.—No diga usted el primero; el único.

PATERNA.—Déjale seguir.

DON ALEJANDRO.—Tenemos luego el niño mojigato de los Condes de Angostura.

TERESA.—(*Señalando la puerta del oratorio.*) Hable bajito, que puede venir la mamá.

DON ALEJANDRO.—Desechado Ricardito por imbécil. Tenemos luego al niño gótico de la Quimondo.

TERESA.—Desechado por sabio, pedante, insubstancial, tan pelma y latoso como su mamá. ¿Hay un cuarto pretendiente?

DON CRISTOBAL.—Sí: el cuarto es el Marquesito de Rocafiel, hijo de nuestro amigo el Barón de la Cinta.

DON ALEJANDRO.—¡Y que no es poco insistente y machacón ese joven inflado y adiposo que parece una bola de sebo.

DON CRISTOBAL.—Pero no es tonto; se dedica á introducir en la finca de su padre todos los adelantos de la ciencia agrícola: máquinas, nuevos métodos de cultivo...

TERESA.—¡Angelito! Por eso tiene ese aspecto de gañán.

DON ALEJANDRO.—Pero no se puede negar que es un partido aceptable; discutible como los demás.

TERESA.—Por Dios, Alejandro; rechazó usted á Ricardito Angostura por querer imitar á San Luis Gonzaga, y acepta á un destripaterrones, que es la caricatura de San Isidro.

DON ALEJANDRO.—Vaya, abreviemos: dinos tú, Cristóbal, si has notado en Celia preferencia por alguno de estos cuatro candidatos.

DON CRISTOBAL.—Yo, la verdad... no me atrevo á contestar concretamente... Mi tesis es que la rica hembra es la que ha de sentenciar en definitiva. Si desean informes de los sentimientos de rica hembra, respecto á éste ó al otro candidato, pídanslos á Pastor, que no se separa de Celia y la acompaña en sus estudios y meditaciones.

DON ALEJANDRO.—¿Está Pastor en casa?

DON CRISTOBAL.—Entró conmigo: me dijo que había salido con Celia esta mañana; visitaron á no sé quién; después él se vino acá en el tranvía, y ella se fué á la calle de Toledo, donde tenía que hacer algunas compras.

TERESA.—¡Compras en la calle de Toledo!

PATERNA.—¡Qué cosa más rara!

DON ALEJANDRO.—(*A Cristóbal.*) Dile á Pastor que venga acá. (*Vase don Cristóbal por el foro izquierda.*)

PATERNA.—Alejandro, tu sobrina debe estar algo trastornada.

TERESA.—Habrá ido á la *tienda del botijo* á comprar alpargatas, sogas...
DON ALEJANDRO.—Nada de eso: sin duda fué á repartir limosnas. (*Vuelve don Cristóbal con Pastor.*)

ESCENA V

DON ALEJANDRO, PATERNA, TERESA, DON CRISTOBAL, PASTOR

PASTOR.—Ya me ha enterado Cristóbal de las dudas de ustedes.
PATERNA.—Díganos si Celia ha mostrado preferencia por... por...
PASTOR.—Diré á ustedes: Celia se muestra con todos atenta, afectuosa; pero yo, que la observo cuidadosamente y creo penetrar en lo más hondo de su pensamiento, aseguro que la Marquesita de Monte-Montero no ha elegido aún al que ha de ser su esposo. Antes que vean ustedes á Celia casada con alguno de esos jovenzuelos, me verán á mí camino de Pekín... para casarme con la emperatriz de la China... (*Ríen todos.*)
TERESA.—Eso, amigo Pastor, ya lo veremos.
DON CRISTOBAL.—(*Que se asoma por el fondo.*) Aquí está ya Celia.
PATERNA.—Gracias á Dios. (*Entra Celia por el foro, seguida de su doncella y de Simón, que trae un grueso paquete envuelto en una tela.*)

ESCENA VI

Los mismos; CELIA

CELIA.—(*Cogiendo de manos de Simón el envoltorio y dándolo á la doncella.*) Toma; pon esto en mi cuarto. (*Señalando la segunda puerta derecha. Vanse los criados. Celia avanza al proscenio.*)
TERESA.—(*Corriendo á recibirla y besarla.*) ¡Oh, querida! ¡Qué linda estás!
CELIA.—(*Saludando á Paterno.*) Emilio, ¡dichosos los ojos!
PATERNA.—(*Besándole la mano.*) La dicha es mía; mío el honor de ofrecer mis respetos á este portento de gracia y discreción; á la sin par Celia.
CELIA.—¡Jesús, qué lisonjero! (*A Teresa.*) ¿Qué noticias tienes del bravo don Luis de Paterna?
PATERNA.—Sigue en París... hace una vida vertiginosa...
TERESA.—Allí se lo disputan, se lo rifan...; es el niño mimado de la alta sociedad parisién.
CELIA.—¿No creen ustedes que ese delirio de fiestas será perjudicial para su salud?
TERESA.—Sí, sí; hijo de mi alma, por mi gusto volvería á nuestro lado.
CELIA.—Que venga, sí; que venga; que aquí le esperamos todos para felicitarle por sus triunfos. Que vuelva á su patria... donde le esperan sus amigos... donde le espera un brillante porvenir.
TERESA.—(*Abrazando efusivamente á Celia.*) ¡Ay! hija mía, qué alegría me dan tus palabras: déjame que te dé mil besos. (*La besa. Entra la Condesa por la puerta primera de la derecha.*)

ESCENA VII

Los mismos; LA CONDESA DE ANGOSTURA

CELIA.—¡Ah! Condesa, ¿estaba usted aquí?
CONDESA.—Sí, hija mía; aquí llegué antes de las cuatro. Margarita me llevó á ver el oratorio, y allí hemos estado rezando un rato; luego se ha quedado dormida, dormidita como un ángel; no he querido despertarla.

CELIA.—La pobre tiíta tiene ya la cabeza muy débil. Se duerme á cada rato, todo lo equivoca; y á veces ve lo que no existe ó nos cuenta sus conversaciones con seres que no están en este mundo.

CONDESA.—¿Quieres que la despierte?

CELIA.—No; dejémosla dormir. Yo iré luego á recogerla.

TERESA.—La pobre doña Margarita, alma de Dios, ó está ya en el cielo, ó tocando sus puertas para que la abran.

DON ALEJANDRO.—Si hay cielo, la tía Margarita tiene ya designado en él uno de los puestos mejores.

DON CRISTOBAL.—Es una santa.

CONDESA.—Pero usted, Alejandro, parece dudar de que haya cielo.

DON ALEJANDRO.—No es que yo dude, pero...

CONDESA.—Estaría bueno que no existiera un lugar de bienaventuranza donde los justos recibieran su recompensa.

CELIA.—Cielo hay seguramente, ¡pues no faltaba más!; pero como no lo hemos visto, ni nadie ha venido á contárnoslo, no sabemos por dónde entran ni qué puesto tienen allí los bienaventurados que van llegando.

PASTOR.—Tiene razón Celia: creemos en el cielo porque nos lo han enseñado en el catecismo, pero no sabemos cómo es.

DON CRISTOBAL.—Tampoco sabemos nada del infierno, y por rutina creemos en él.

CONDESA.—Cierto que con los ojos carnales, estas máquinas imperfectas, que para poco sirven, no vemos el Cielo ni el Infierno; pero con los ojos de la fe los vemos, yo por lo menos, los veo muy claramente.

PATERNA.—Yo, señoras y caballeros, diré á ustedes, si me lo permiten, mi opinión sincera y leal sobre las cosas de ultratumba; no hay que hablar de si vemos ó no vemos el Cielo y el Infierno. Existen, sí; pero no están ni arriba ni abajo, sino aquí, en la superficie de la tierra.

TERESA.—Justo; aquí entre nosotros, en la humanidad.

CELIA.—Muy bien.

PATERNA.—Sí; el Cielo lo constituyen los ricos en grande y pequeña escala: los que por herencia ó por su trabajo poseen grandes caudales; los que sin estar en la esfera más alta de la riqueza, tienen medios de vivir cómodamente, explotando su ingenio ó el ingenio de los demás; los grandes políticos y burócratas, que monopolizan las altas posiciones; los hombres agudos, que poseen el arte de vivir de lo ajeno sin hurtarlo; los artistas de primer orden, y los de segundo y tercer orden, que imitan con más ó menos facilidad á los primeros; los que viven á la sombra de las instituciones venerandas, Iglesia, Ejército, Marina; los grandes maestros de la gorronería, que visten bien, comen, beben y triunfan sin tener una peseta. Este es el Cielo que conocemos, y no hay que buscar otro lanzando nuestra mente por los espacios imaginarios.

PASTOR.—Muy bien. Pues si ese es el Cielo, ya sé yo lo que es el Infierno.

TERESA.—El Infirno está en las clases humildes y desheredadas.

CELIA.—En los pobres; en los trabajadores, que con un triste jornal mantienen penosamente á su familia; en los desesperados; en los miserables; en los infelices ancianos que piden limosna en las puertas de las iglesias; en los niños vagabundos; en los golfos; en los mil y mil indigentes que no hallan consuelo en ninguna parte; en los que solicitados por el hambre caen en el crimen; en los lisiados y ciegos que vagan por las calles; en los que quieren ser buenos y no saben serlo; en el despojo social que los ricos arrojan de su cielo, cayendo en los abismos, de donde no hay salida posible; en suma, decir Infierno y Cielo, es lo mismo que decir pobres y ricos.

CONDESA.—¿Pero tú, también, Celia, profesas ese materialismo?

CELIA.—No se asuste, Condesa; yo admito esas ideas provisionalmente hasta que averigüemos dónde están el otro Cielo y el otro Infierno.

DON ALEJANDRO.—Estas ideas son muy bonitas para dichas entre hombres solos; á las señoras se las debe dejar encastilladas en su fe.

CELIA.—Tengo que añadir un comentario, si me lo permiten.

PATENRA.—Hable usted, Celia.

CELIA.—Digo que en vuestro cielo se sufre, se padece. En el cielo mansión de los ricos, hay también condenados.

TERESA.—Quiro decir que hay ricos que tocan el cielo con las manos.

DON ALEJANDRO.—Claro, la dicha no es nunca completa.

CELIA.—Y presumo que en vuestros infiernos hay quizás bienaventurados que gozan de la paz del alma y el sosiego de los justos.

PASTOR.—Santos hay donde menos se piensa.

PATERNA.—Y mártires en las propias regiones de la bienaventuranza.

CONDESA.—(*Suspirando.*) ¡Ay! Los ricos aparentes, los ricos que sufren y lloran...

CELIA.—¿Qué dice usted, Pilar?

CONDESA.—¡Ay, si yo hablara! En fin, yo me retiro.

PATERNA.—Nosotros también. Vamos á uno de los lugares más agradables del cielo: el palacio de Cumbres Pardas.

TERESA.—Es la hora del té. ¿Quieres venir, Celia?

CELIA.—Gracias; esta tarde no salgo ya de casa.

PATERNA.—Y tú, Alejandro, ¿vienes?

DON ALEJANDRO.—No puedo. Cristóbal y yo tenemos que ir á la región más empingorotada y espaciosa del cielo de los ricos: el Banco de España.

DON CRISTOBAL.—Tenemos consejo esta tarde, y es de precisa asistencia.

DON ALEJANDRO.—Hemos de tratar de la nueva emisión de Obligaciones del Tesoro. Condesa, si usted quiere, venga con nosotros y la dejaremos en su casa.

CONDESA.—Muchas gracias; acepto, sí. (*Besando á Celia.*) Mañana me tendrás aquí otra vez.

TERESA.—Celia, hasta mañana.

PATERNA.—Adiós, adorable Celia, la criatura más angelical de este cielo y del otro.

CELIA.—Adiós, adiós. (*Salen primero por el foro don Cristóbal y la Condesa; después don Alejandro, Teresa y Paterna.*)

ESCENA VIII

CELIA, PASTOR

CELIA.—(*Llevándose las manos á la cabeza, con acento de supremo hastío y desesperación.*) ¡Qué vida, señor! ¡Qué hastío! ¡Qué tristeza! (*Se deja caer en la silla cubriéndose el rostro con las manos.*)

PASTOR.—(*Cariñoso.*) No te aflijas; ya que estamos solos, dime si persistes en la resolución audacísima de que me hablabas esta mañana.

CELIA.—Sí, sí; persisto en ella. No soporto por más tiempo esta vida de mentiras y artificios; mi aburrimiento toca ya en desesperación. Quiero huir, quiero volar.

PASTOR.—Antes de lanzarte á la aviación, medita un poco, Celia.

CELIA.—¡La meditación, el estudio, la lectura! He navegado como una

viajera loca por las páginas de tanto y tanto libro, y después de girar y girar en torno al mundo de las ideas, vuelvo al punto de partida, vuelvo á esta soledad negra, á este aislamiento de mi alma, que en ninguna parte encuentra la luz, ni el decanso, ni la paz. Mi familia me interesa poco; la sociedad que me cerca y me acomete para robarme la voluntad y envolverme en su egoísmo, me irrita, me repugna; esta morada espléndida parece que se desploma sobre mí, y se desplomará, y entre los escombros quedaré sepultada con



mis riquezas, estos montones de oro y de papeluchos que no me sirven para nada; pues con ellos no puedo esparcir la felicidad en torno mío, no puedo...

PASTOR.—(*Poniéndole la mano sobre la cabeza.*) Celia querida, te permito que dejes correr tu pensamiento por los espacios de la fantasía, pero no te permito el delirio.

CELIA.—Pues no deliro más, Pastor de mi alma. Déjame que repita lo

que dije hace un rato, cuando esos necios y yo definimos á nuestro modo el Cielo y el Infierno.

PASTOR.—Ya me acuerdo; dijiste que en el cielo, la mansión de los ricos, hay también penas, amarguras, sufrimientos...

CELIA.—Pero me callé, que soy la primera víctima de este cielo infernal. En mi suplicio parece que se esmeran los demonios más refinados. Hoy, Pastor, á los tres meses de aquel día siniestro en que me declararon mayor de edad, está mi alma lacerada por los mismos tormentos que me causó el doble error de la despedida de Germán y la despedia de Ester. Estos tormentos, ya lo sabes, son la ira, los celos, el despecho, la horrible batalla entre mi conciencia y...

PASTOR.—Y una pasión que llamaré infantil por no darle un nombre que pudiera ofenderte.

CELIA.—No me ofende nada de lo que tú me digas; reconozco mis herrores, los dos tropiezos de aquel día fatídico. El primero fué la espontaneidad con que dejé traslucir á Germán mis sentimientos, y la ilusión pueril de unir su pobreza con mi riqueza, fascinada por la idea de un equilibrio social imposible, imposible...

PASTOR.—Y tu dignidad quedó malparada.

CELIA.—Nunca lloraré bastante aquel desengaño terrible que me incapacitaba para toda felicidad. No tuve grandeza de alma para perdonar á Ester su falta.

PASTOR.—Te faltó serenidad para proceder como gran señora, haciendo gala de indulgencia y asegurando el porvenir de los seres inferiores que en tu servidumbre se habían lanzado por los caminos ó los vericuetos del amor.

CELIA.—Fuí una vulgar celosa; me disparé contra mi criada y amiga; la llamé traidora y desleal... y ella me lanzó un dardo que aún tengo clavado en el corazón. Mientras yo viva, retumbarán en mi cerebro las últimas palabras de Ester: "Celia, no te envidio." (*Con risa nerviosa.*) ¿Cómo había de envidiarme, si yo, yo, su señora y amiga, era la envidiosa?

PASTOR.—Basta, hija mía; determínate de una vez á borrar de tu pensamiento los delirios pasados; hora es ya de que te pongas á tono con tu familia, y de que procedas conforme á tu posición social.

CELIA.—(*Con firmeza.*) No haré ni una cosa ni otra.

PASTOR.—Está bien; pero entendámonos, Celia.

CELIA.—Ya estamos enteniddos, Pastor. Hace muchos días, cuando yo te manifesté mi rebeldía contra el despotismo doméstico y social, tú me ofreciste tu apoyo.

PASTOR.—Si fueses hija mía, no te querría más que ahora te quiero. Conozco como nadie la nobleza de tus sentimientos y los fulgores peregrinos de tu talento y de tu imaginación. Me tienes, pues, á tu lado, divina Celia, siempre, siempre.

CELIA.—(*Abrazándole con efusión.*) ¡Oh! mi amigo del alma, mi maestro, mi padre.

PASTOR.—Te sigo en tus rebeldías, siempre que éstas se mantengan dentro de los eternos principios del deber, de la moral...

CELIA.—Muy bien. No era preciso ratificar el convenio que hicimos cuando inicié mi rebelión; entonces, mi querido Pastor, te ordené que averiguaras el paradero de Germán y Ester.

PASTOR.—Así lo hice. Por unos amigos que viven en la calle del Salitre, pude averiguar que Germán y Ester, descendiendo precipitamente en la escala social, habían llegado á la mayor miseria; él, no pudiendo ganarse

la vida honradamente, sacaba el dinero con travesuras y martingalas de la peor ley, hasta llegar á caer dentro del Código penal.

CELIA.—¡Qué horror! No me lo repitas... Y ella, en tanto, forzada por la indigencia, se lanzó á una vida infame... ¡Qué desdicha, señor!

PASTOR.—Ya sabes que, dudando de la verosimilitud de tales informes, repetí mis indagaciones, y el resultado aumentaba de día en día mi confusión hasta que al fin hoy ...

CELIA.—(*Vivamente.*) ¡Hoy...! ¿traes más noticias?

PASTOR.—Por una tal Cipriana, que tiene una famosa casa de dormir en la calle de Mediodía Grande, he sabido que Germán trabaja honradamente en un taller de mecánica, allá por el paseo Imperial. Se le estima en aquellos barrios como un obrero muy inteligente y de conducta intachable.

CELIA.—(*Con alegría.*) ¡Ay, que buenas noticias! ¿Será verdad? ¿Y de Ester, qué te han dicho?

PASTOR.—Nada; Cipriana la conoció hace un mes; después la ha perdido de vista.

CELIA.—Según eso, ya no viven juntos.

PASTOR.—Parece que no; cada cual andará por su lado.

CELIA.—(*Con gran viveza, lanzándose á una grave resolución.*) Pastor de mi alma, prepárate.

PASTOR.—¿Para qué?

CELIA.—Para partir conmigo.

PASTOR.—¿Cuándo?

CELIA.—Ahora mismo.

PASTOR.—¿Adónde vamos?

CELIA.—A los infiernos. (*Notando sorpresa y alarma en la actitud de Pastor.*) Ya sabes lo que es. En ese mundo quiero penetrar, Pastor; á esos abismos quiero descender para conocer por mí misma el sufrimiento de los que nada poseen.

PASTOR.—¿Pero vamos así... sin aviso... sin preparación?

CELIA.—Yo estoy preparada; bajo á los infiernos con un entusiasmo, con una ilusión que no puedo explicarte; en este maldito cielo donde me ha encasillado mi destino, me moriría de tristeza si no escapara de él como alma que lleva el diablo.

PASTOR.—Pues vamos, hija. ¿Volveremos al anochecer ó esta noche?

CELIA.—No; no volveremos hasta que yo no satisfaga la ardiente curiosidad que devora mi alma.

PASTOR.—(*Asustado.*) Pero, hija mía, considera... Si no hemos de volver á casa en un día ó en dos, necesitáremos mudarnos de ropa, comer, dormir, sabe Dios dónde...

CELIA.—(*Muy nerviosa, con movimiento rapidísimo en la palabra y la acción.*) Llevando dinero lo tendremos todo. (*Abre un cajón de su nécessaire, saca dos gruesos fajos de billetes de Banco, y los deja sobre el pupitre.*)

PASTOR.—¿Pero todo eso llevas?

CELIA.—Y aún no me parece bastante. (*Saca de la gaveta un talonario y lo deja sobre el pupitre.*)

PASTOR.—¿También el talonario?

CELIA.—Déjame á mí; sabe Dios lo que podremos necesitar; podría suceder que del dinero que llevamos sólo gastásemos algunas pesetas, y también podría suceder que lo gastáramos todo, y aún quedáramos empeñados.

PASTOR.—¿Estamos locos? ¿Estamos soñando?

CELIA.—(*Con entonación.*) Hombre de poca fe, ¿por qué dudas?

PASTOR.—(*Aturdido.*) No dudo; pero ...

CELIA.—(*Con gran energía.*) Yo me tengo en este instante por mujer de ideas altas y generosas; yo corro tras de un ideal; yo voy en busca de dos personas que interesan grandemente á mi corazón: yo voy movida del anhelo de realizar todo el bien posible dentro de lo humano. Llegaré hasta lo divino, descendiendo hasta las más hondas miserias y hasta las podredumbres más repugnantes. ¿Vienes?

PASTOR.—(*Después de una pausa.*) Iré; me has dado toda tu confianza y yo te doy toda mi abnegación.

CELIA.—Pues adelante; nos iremos en seguida.

PASTOR.—(*Oyendo ruido por la puerta primera derecha.*) Silencio. Tu tía vuelve del oratorio. (*Aparece doña Margarita con paso sonambulesco, santiguándose.*)

ESCENA IX

CELIA, PASTOR, DOÑA MARGARITA

CELIA.—(Corriendo al encuentro de doña Margarita y dándole la mano.) Tiíta, ven aquí; me dijo Pilar que te habías quedado dormida.

DOÑA MARGARITA.—No, hija de mi alma; he estado bien despierta, rezando por ti, pidiéndole á Dios que te dirija por los caminos del bien.

CELIA.—Por ellos voy, tiíta. ¡Qué buena es usted!

DOÑA MARGARITA.—Y tú, ¡qué salada, qué graciosa! (Le acaricia en la mejilla.)

CELIA.—(Conduciéndola hacia la izquierda.) Venga usted, tiíta; descanse en su habitación.

DOÑA MARGARITA.—(Deteniéndose en mitad del proscenio.) Oye, picaruela; tengo que decirte una cosa he visto á Germán.

CELIA.—(Suspensa.) ¡A Germán! ¿Qué dice, tía?

DOÑA MARGARITA.—Sí; en el oratorio le vi; estaba frente á mí, de rodillas, rezando.

CELIA.—¿Y no le habló á usted, tía?

DOÑA MARGARITA.—Verás. Llegóse á mí Germán y me dió un ramo de tomillo. (Oliéndose las manos.) Todavía tengo en las manos el olor del tomillo. (Acerca sus manos á la nariz de Celia.) Huele tú, huele.

CELIA.—Tomillo, sí. ¡Qué rico!

DOÑA MARGARITA.—El pobre Germán está arrepentido... Trabaja de operario en una fábrica muy grande, muy grande, con muchas ruedas, hierros, palancas, mucho fuego... Es como un infierno... Desea volver á tu gracia; me ha suplicado que interceda por él. (Sigue andando en dirección á la izquierda.) Germán volverá; quiere hablar contigo; quédate aquí.

CELIA.—Aquí me quedaré. Sigue tiíta.

DOÑA MARGARITA.—(Fijándose en Pastor.) ¿Es éste Alejandro?

CELIA.—No; es Pastor.

PASTOR.—Soy yo, señora.

CELIA.—(A Pastor.) Da una voz á Lucía. (Pastor va hacia el fondo y grita.) ¡Lucía!

PASTOR.—Ya viene. (Aparece Lucía en la puerta.)

DOÑA MARGARITA.—(A Celia.) Quédate aquí.

CELIA.—(A Lucía.) Llévala á su habitación, arrópala bien y entretenla. Dale conversación para que no se duerma. (Llevada del brazo de Lucía, desaparece doña Margarita por la izquierda.)

ESCENA X

CELIA, PASTOR

CELIA.—¡Qué confusión, Pastor! Pienso que las visiones de mi tía no son tan desatinadas como parecen; voy creyendo que el arrepentimiento de Germán es verdad.

PASTOR.—¡Quién sabe!

CELIA.—¿Será que Dios, valiéndose de los delirios de esta señora, me dice que el hombre extraviado procura su enmienda? Es como una corazonada...; sea lo que quiera, vámonos ya.

PASTOR.—Pero oye. ¿Has pensado que con estos trajes podemos lanzarnos...?

CELIA.—No; este vestido celestial me lo quito yo ahora y me pongo un trajecillo infernal que he comprado en la calle de Toledo; vas á verlo. (Métese en su tocador, puerta segunda derecha.)

PASTOR.—Y yo, ¿cómo me disfrazo?

CELIA.—(Desde dentro.) Tú puedes vestirte... de paleto, de... eso es muy fácil... Figuras que eres mi padre y que hemos venido del pueblo á buscarme una buena casa donde servir.

PASTOR.—Me parece que no engañaremos á nadie. ¿Y tú has pensado que tienes que fingir la rusticidad, los modales y el habla de una chica de Navamorcuente ó de Casarrubios?

CELIA.—Ya verás qué bien lo finjo todo.

PASTOR.—Y ahora respóndeme á esto. Supongamos que encuentras á Ester; ¿qué harás con ella en el caso de hallarla sola, abandonada, arrastrándose por el fango social?

CELIA.—Sacarla del fango, desinfectarla, procurarle un medio de vivir honroso, darle un buen dote para que se case con algún chico decente y honrado.

PASTOR.—¿Y si encuentras á Germán, como me han dicho, trabajando en una taller y haciendo una vida humilde y laboriosa? (Celia no responde; corta pausa.) ¿No respondes, Celia? Pues á otra. ¿Si encontráramos á Germán entre malhechores, viviendo de arbitrios picarescos ó de travesuras infames?

CELIA.—Si así le encontráramos, yo le sacaría de su ignominia, purificándole y redimiéndole hasta volverle al primitivo estado decoroso y modesto en que le he conocido. (Sale de su tocador vestida de paleta, de aparejo redondo, con falda de colorines, pañuelo de hierbas cruzado al pecho.) ¿Qué tal? ¿Haré bien el papel de la chica de Navamorcuende que viene á buscar colocación?

PASTOR.—Estás hecha una hermosa figura de Carnaval; para la pro-

piedad del tipo te falta el peinado, los rodetitos en las sienes, la gargantilla de corales, los pendientes de filigrana.

CELIA.—Los pendientes y la gargantilla los he comprado hoy en la Cava Baja. (Disgustada.) El peinado me falta, ¡caramba!; no se me había ocurrido, pero ya me lo arreglaré. Vámonos.

PASTOR.—Poco á poco. Con ese pergenio no podemos salir de aquí. ¿Qué dirá el cochero cuando te vea?

CELIA.—(Suspensa.) Es verdad. (Con una idea súbita.) Cambiar de traje, ya no puede ser; pues me pongo mi capa, que me cubre de pies á cabeza. (Entra en su tocador rápidamente y vuelve con la capa en la mano.)

PASTOR.—(Ayudándole á ponerse la capa.) Excelente idea; así podremos salir; el landó cerrado nos espera.

CELIA.—Ya no hay tiempo que perder.

PASTOR.—Aguarda un poco. Si yo no discurriera por ti, harías mil locuras. Nos iremos á casa de mi primo Manolo.

CELIA.—Calle del Olmo; ya comprendo: allí, tu primo te facilitará un traje de labriego, de trajinero acomodado, de esos que traen á Madrid fruta, corderos...

PASTOR.—Sí, sí.

CELIA.—Y allí me arreglaré yo mi peinado y me pondré los demás requilorios. (Coge un envoltorio que tenía en el "necessaire".) Ya se me olvidaba esto: los pendientes y la gargantilla. (Coge el talonario y se lo da á Pastor.) El talonario lo llevas tú; los fajos de billetes van conmigo. (Los guarda en el seno.) Ya estamos listos.

PASTOR.—Pues adelante con la calaverada. Vamos al mundo de la miseria, de la ignorancia.

CELIA.—(Con ardiente entusiasmo.) A los infiernos, á los profundos infiernos.

(Telón rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Portalón ancho de una casa de vecindad en la calle del Carnero. A la izquierda segundo término, la entrada de la calle. Frente a ésta, el paso al patio donde se supone que están las viviendas númeradas en el piso bajo y corredor alto. A la derecha primer término, la puerta de la vivienda de Infinito, y junto á esta puerta, la mesa y trebejos que le sirven para sus cábalas. A la izquierda, puerta de la vivienda de Leoncio. En el fondo, último término, dos puertas de viviendas míseras.

Es de día.

Derecha e izquierda se entiende del espectador.

ESCENA PRIMERA

Son las primeras horas de la mañana. Viniendo del patio aparecen obreros que van al trabajo con sus saquitos donde llevan el almuerzo. Por su aspecto son albañiles, pintores, carpinteros, herreros, etc. Entre ellos van también muchas obreras. Sale de su casa LEONCIO, y cortando el paso a los obreros les arenga.

LEONCIO.—Amigos y compañeros, óiganme un momento. (Detiénense los obreros y las obreras.) Vayan al trabajo y no piensen por ahora en huelgas ni en trastornos de ninguna clase. Hemos de cargarnos de razón, robustecer nuestras almas con la fe y la paciencia hasta que llegue la ocasión oportuna de formular las justas protestas de los trabajadores, y reclamar lo que les corresponde por el fuero de humanidad y por el derecho consignado en las leyes. Al trabajo, pues, todos: los curtidores, los del cemento armado, los de la maquinaria agrícola... Yo cuido de completar vuestra organización. Ya tengo los nombres de todos los de esta casa y de las casas próximas, y una de estas noches os reuniré en mi domicilio para daros cuenta de los grupos organizados y de la extensión y límites de vuestros derechos. ¡Eh!, vosotras, las de la Trapería de Cross, oigan. He celebrado varias conferencias con los patronos, que, al fin, acceden á vuestras pretensiones. Ya podéis salir.

OBRERO 1.º—Adiós, maestro.

UNA OBRERA.—¡Viva Leoncio! ¡Viva el gran compañero! (Contestan todos y van desfilando hacia la calle.)

ESCENA II

LEONCIO, REGINA; poco después, el tío GERIBEQUE, UNA PITILLERA, UN CIEGO acompañado de una chiquilla andrajosa.

LEONCIO.—(Buscando algo entre los papeles que hay en la mesa del memorialista.) No es ésto..., ni ésto tampoco. (A Regina, que se asoma á la puerta de la derecha curioseando.) ¿Pero este don Pedro duerme todavía?

REGINA.—Ya se está levantando; el pobre pasó mala noche por mor del rioma en la pata izquierda.

LEONCIO.—Del reuma querrás decir. (Sigue buscando entre los papeles.) Busco la lista de obreros que hicimos ayer...

REGINA.—(Buscando por el otro lado de la mesa.) Estará por aquí. Paíz que en esta mesa han andado los demonios.

LEONCIO.—Los demonios y los espíritus que tu amo trae del otro mundo. (Abre uno de los cajones de la mesa.) Aquí están los sobres, pero la lista no parece. (Sigue buscando.)

TIO GERIBEQUE.—(Vendedor ambulante de hortaliza con la cesta al brazo. Entra de la calle pregonando.) El buen tomate; el pimiento riojano; la escarola; la rica brecolera...

PITILLERA.—(Que sale por una puerta del fondo.) ¡Hola, Geribeque! Dame un tomate. (Lo coge.)

GERIBEQUE.—Pues dame tú un pitillo, sinvergüenza, ó dame dos, que el tomate vale más.

PITILLERA.—Toma el pitillo y cállate la boca.

CIEGO.—(Que sale de la otra puertecilla del fondo.) Romualda, dame á mí otro pitillo.

PITILLERA.—¡Ande la ronda! Toma. (Le da otro pitillo. Dirigiéndose á Leoncio.) Señor Leoncio, ¿quiere usted otro pitillo?

LEONCIO.—(Secamente.) Ya sabes que no fumo.

PITILLERA.—Bueno; no se enfade.

CIEGO.—Don Leoncio, ¿hay juerga? (Templa su violín y empieza á tocar "La Marsellesa".)

LEONCIO.—Aquí no queremos música.

CHIQUILLA.—Don Leoncio, ¿nos da algo?

LEONCIO.—(Dándole una perra.) Toma, y á la calle con la música.

PITILLERA.—Don Leoncio, ¿cuándo la armamos?

LEONCIO.—(Malhumorado.) Vete de aquí, escandalosa.

PITILLERA.—¡Vaya con el hombre! ¡Adiós, Prim! (Al ciego.) Ve por delante, violín manido, y tócame la "Marcha Real". (Sale el ciego tocando la "Marcha Real", y detrás, la Pitillera, muy fachendosa, abanicándose.)

GERIBEQUE.—Señá Regina, ¿quiere usted algo?

REGINA.—Se quiere, pero no se puede. No hay ni una mota en casa.

GERIBEQUE.—No importa; al amigo Infinito le regalo yo esta brecolera. (La pone en la mesa.)

REGINA.—Dios te lo pague, Geribeque; nos la comeremos á tu salud.

GERIBEQUE.—(Vase hacia el patio pregonando.) Buen tomate, buen pimiento, etc.

LEONCIO.—(Encontrando lo que buscaba.) Aquí está la dichosa lista.

ESCENA III

LEONCIO, REGINA; PASTOR, CELIA, que entran de la calle observando el local. Pastor viene con traje de paño pardo, sombrero ancho. Celia con el vestido con que se presentó en el fin del segundo acto y además con peinado lugareño, gargantilla y pendientes de filigrana.

CELIA.—Aquí es si no me engaño.

PASTOR.—Aquí será; preguntemos á éstos. (Se acerca.)

CELIA.—(Imitando el acento de paleta.) Díganme. ¿Es aquí donde despacha un señor memorialista que escribe cartas, busca colocación á las amas de cría y á las criadas?...
PASTOR.—Un tal don Juan o don Pedro Infinito, que trabaja en averiguaciones y echa números para buscar y descubrir las cosas perdidas.
REGINA.—Pronto va á salir; siéntesen. ¿Son ustedes de tierra de Toledo?
CELIA.—Semos de Arenas de San Pedro, tierra de Avila, para lo que guste mandar.
LEONCIO.—Yo soy de Guisando.
PASTOR.—¿Es usted de aquella tierra?
LEONCIO.—Sí. ...
PASTOR.—Pues no le conozco.
LEONCIO.—(Observándoles.) Yo á ustedes sí.
PASTOR.—¡A nosotros!
LEONCIO.—Sí, á ustedes.
CELIA.—¿De onde nos conoce?
LEONCIO.—Pues del café de San Millán. Allí estaban ustedes anoche hablando con Pachín. Ese Pachín es tipógrafo. Hasta el mes pasado trabajamos juntos en la organización de los obreros.
CELIA.—Ese Pachín fué quien nos encaminó á este señor Sinfinito, que es el gran sabidor de las cosas ocultas.
PASTOR.—Eso, éso. Y me han dicho también que es algo hechicero.
REGINA.—Eso, no; too su artilugio es de buena ley.
LEONCIO.—Don Pedro es un sabio caduco que, no contento con conocer bien las cosas de la tierra, quiere lanzarse á los espacios celestes. Es filósofo rancio, matemático apolillado, astrónomo y algo poeta. Algunos le tienen por brujo, pero no hagan caso. Don Pedro es un hombre excelente y no les engañará. Regina, vete á decir á tu amo que hay gente esperándole. (Coge el papel que encontró y se dirige á su casa.)
REGINA.—(Llevándose la brecolera.) Voy á avisarle. (Vase por la derecha. Leoncio se va á su casa, haciendo ligera reverencia á Celia y Pastor. Estos le observan atentamente.)

ESCENA IV

CELIA, PASTOR; después la SEVE

PASTOR.—Me parece, hija mía, que nos hemos metido en el rincón más lóbrego del infierno. Estamos en la capa social más profunda y tenebrosa. En plena miseria, en plena ignorancia y superstición. Tres noches y dos días llevamos ya en este ajetreo; comenzó nuestra odisea en la calle de Mediodía Grande...
CELIA.—Y allí fué nuestra primera contrariedad, porque la tal Cipriana nos dió noticias de Germán diferentes de las que á ti te dieron el mismo día por la mañana...
PASTOR.—Y completamente desorientados, llevamos más de sesenta

horas, durmiendo poco, recorriendo calles y callejones, subiendo y bajando escaleras... ¡Ay, hija mía! Mis piernas empiezan ya á resentirse...

CELIA.—Animo, Pastor mío; yo no me canso. Paso muy buenos ratos recorriendo estos entretenidos infiernos. (Entra la Seve de la calle y da golpes en la mesa del memorialista.)

SEVE.—Pero ¿dónde está este maldito don Pedro?... ¡Don Pedro! (Corre á la puerta de la derecha y llama.) ¡Señor Infinito! (Se cuela en la habitación.)

CELIA.—Me parece que esa mujer es la patrona de la casa donde dormimos anteanoche en la calle de la Fe.

PASTOR.—Podría ser... Y la casa no era mala, á pesar del gran barullo y las pulgas; la verdad, Celia, no sé cómo tú resistes esta vida.

CELIA.—Tantas molestias y fatigas están bien compensadas por el goce de ver mil cosas extraordinarias. ¡Lo que se aprende, Pastor, ante estos espectáculos de la vida popular! El trabajo rudo, la lucha por el pan, la miseria, la conformidad de algunos, la rebeldía de otros, son enseñanzas de gran valor. Los que no han visto esto no conocen la vida humana.

PASTOR.—Pero son enseñanzas demasiado duras para una mujer delicada y sensible como tú. ¿No te han causado repugnancia las casas de dormir, las fábricas de curtidos, las tabernas, los cafés económicos llenos de gente maleante, la miseria de las habitaciones, las porquerías del Rastro?

CELIA.—Sí; pero á la repugnancia se sobrepone el anhelo de ver el mundo y la triste humanidad. (Sale del patio el tío Geribeque pregonando, y se va á la calle.)

ESCENA V

CELIA, PASTOR, LA SEVE y DON PEDRO INFINITO, que trae en una mano el tintero, las plumas de ave, y en la otra papeles y unos libros astrosos. REGINA le trae el gabán y el sombrero, que cuelga en una percha. Infinito coloca la mesa frente al público y se prepara para su trabajo.

INFINITO.—Bueno, mujer, no me riñas porque se me hayan pegado las sábanas. Si estuviera yo como tú... ¡Ea! Vamos pronto á ver ese cálculo que quieres que te haga. (Reparando en Celia y Pastor.) ¡Ah! Date prisa, que estos señores han llegado primero que tú.

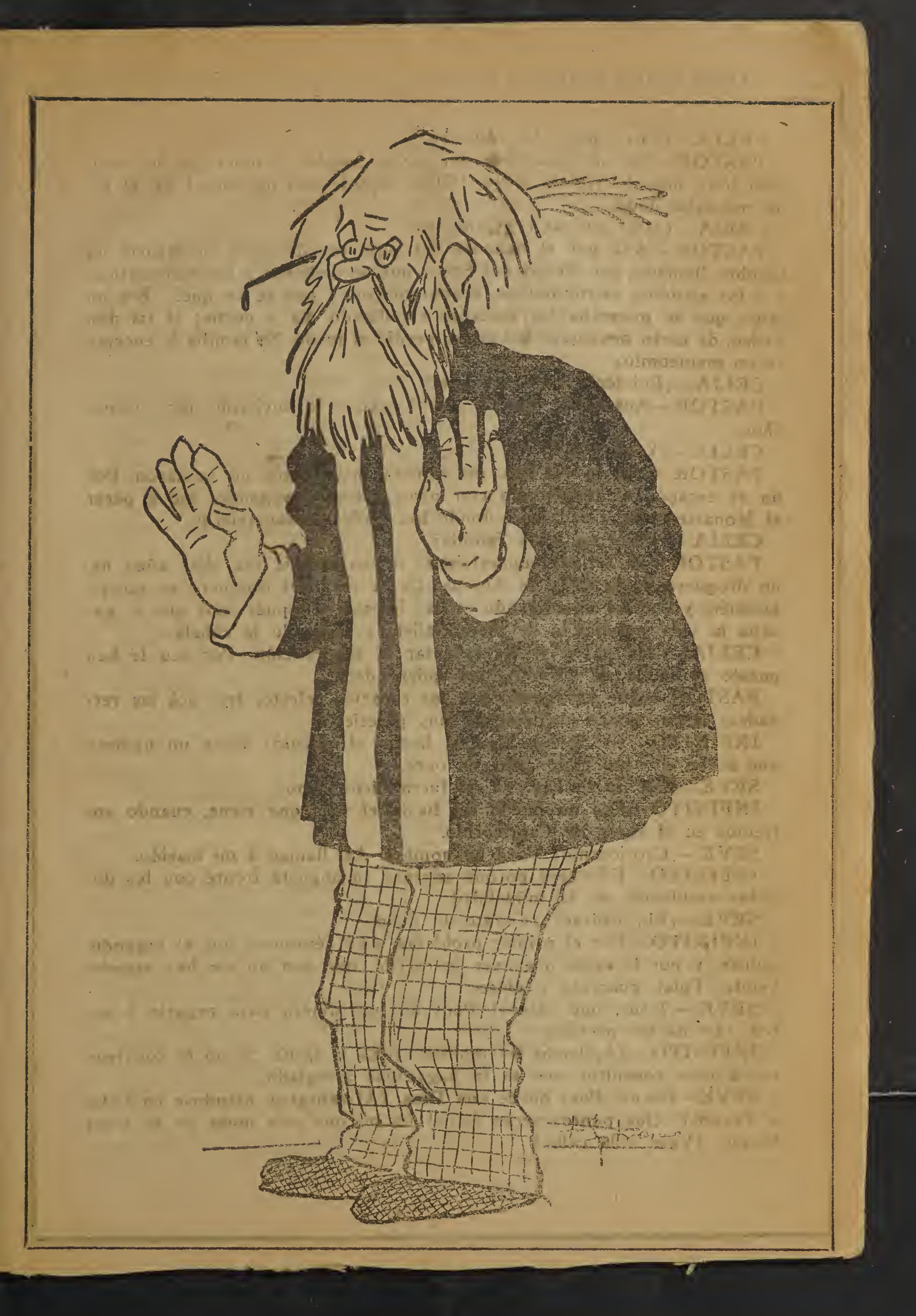
CELIA.—No tenemos prisa; despache á esa señora.

INFINITO.—Este número que me traes no lo habrás comprado todavía.

SEVE.—No, señor; usted me dirá si lo compro o no lo compro.

INFINITO.—Pues no lo compres, Seve. Los cinco guarismos de que consta dan, sumados, cuarenta y uno; añado un siete, que es el número que corresponde al signo de Sagitario, en que estamos; luego deduzco un número, que no te puedo decir porque ahí está mi secreto. Apártate, no mires. (Pausa. Silenciosamente hace sus cálculos, y Seve le observa por encima del hombro.)

PASTOR.—(Aparte á Celia.) No ceso de observar á este viejo.



CELIA.—Pero ¿qué? ¿Le conoces?

PASTOR.—No sé; paréceme que es un hombre á quien yo he conocido hace más de treinta años. (Observándole con disimulo.) Sí, él es; no me cabe duda.

CELIA.—(Muy curiosa.) ¿Quién es?

PASTOR.—Allá por el ochenta del siglo pasado vivía en Madrid un hombre llamado don Pedro del Salar, que se dedicaba á las matemáticas y á los estudios astronómicos, cosmogónicos, y qué sé yo qué... Era un sabio que se quemaba las pestañas estudiando día y noche; el tal don Pedro, de tanto devanarse los sesos, perdió el juicio. Su familia le encerró en un manicomio.

CELIA.—¡Pobrecillo! ¿Y es éste?

PASTOR.—Apostaría que sí. En Leganés le tuvieron unos veinte años.

CELIA.—¿Y se curó?

PASTOR.—No; lo que hizo fué chiflarse más, según me contaron. Por fin se escapó del manicomio con otros locos, y vagando, fué á parar al Monasterio de Guadalupe, donde los frailes le socorrieron.

CELIA.—¿Pero no tenía familia?

PASTOR.—El último superviviente de su familia era, diez años ha, un droguero de la calle de Atocha. De la casa del droguero se escapó también, y anduvo mendigando en las iglesias. Después supe que se ganaba la vida trabajando de memorialista y haciendo la cábala...

CELIA.—¡Ah, ya! Vive de explotar la superstición. Por eso le han puesto el apodo de Infinito, que quiere decir...

PASTOR.—Que navegando por los espacios celestes trae acá las verdades; es un cuco o un demente muy práctico.

INFINITO.—(A Seve.) Ya está hecho el cálculo; busca un número que acabe en uno; mejor aún, en once.

SEVE.—Eso no lo hay. ¿Y si fuera ciento uno?

INFINITO.—Ese no puede ser hasta el mes que viene, cuando entremos en el signo de Capricornio.

SEVE.—¡Capricornio! Vaya un nombre. Así llaman á mi marido.

INFINITO.—Ello será porque adornas su augusta frente con los dorados emblemas de la infidelidad.

SEVE.—¡Eh, cállese! ¿Cuánto le debo?

INFINITO.—Por el primer problema, diez céntimos; por el segundo, quince, y por la carta que ayer te escribí, que aun no me has pagado, veinte. Total, cuarenta y cinco.

SEVE.—¡Jesús, qué carero! Pues no hay dinero para pagarle á usted. (Le da las perras.)

INFINITO.—(Apilando las monedas.) Es la tarifa. Si no te conviene busca otro consultor que te lo haga más arreglado.

SEVE.—Bueno. Pues quede con Dios. (Al retirarse, fijándose en Celia y Pastor.) ¡Qué puntos serán éstos! Pa mí que esta moza no es trigo limpio. (Vase á la calle.)

ESCENA VI

CELIA, PASTOR, INFINITO

INFINITO.—Pasen, señores, y dispensen el plantón. ¿En qué puedo servirles?

PASTOR.—Venimos á...

CELIA.—(Recargando el acento de paleta.) Como es usted calculante averiguaor, venimos á que nos averigüe...

INFINITO.—(Risueño.) Acércate más, guapa moza. Siéntate aquí. (Le señala una banqueta. Celia se sienta á la izquierda de él, junto á la mesa.)

CELIA.—(Familiarmente, apoyando los codos en la mesa.) ¿Con estos papelorios adivina usted todas las cosas que no se saben?

INFINITO.—(Un poco acaramelado.) Sí, prenda; adivino que deseas encontrar una buena casa en que servir.

CELIA.—¡Ay, qué risa! No lo adivina; se lo han dicho.

PASTOR.—Se lo han dicho.

INFINITO.—¡Ah, picarona! ¡Qué ojos tan pillos tienes! Tú sabes más que yo. Me da en la nariz que tú no vienes á lo que me han dicho, sino á otra cosa.

PASTOR.—¿A qué?

INFINITO.—La niña es muy salada, y yo la serviré en todo lo que quiera.

PASTOR.—¡Eh, señor Infinito, guárdese de requebrarla! Es mi hija.

INFINITO.—Por muchos años. (Volviéndose á Celia.) Vamos al caso, lucero; dime lo que deseas.

CELIA.—Madriles arriba, Madriles abajo, buscamos a un hermano mío que se nos ha perdío.

PASTOR.—El chico es, como aquel que dice, calavera, perdulario, más que de por sí, por andar en malas compañías.

CELIA.—Hémosle buscado en casas nocturnas y locales de maleficio; verbigracia: tabernas y corrumpiciones, sin que le haigamos encontrao.

PASTOR.—Y como nos han dicho que usted, señor Infinito, por su ciencia, averigua el escondite de los cuerpos y de las almas, venimos á que nos descubra el paradero del hijo mío y hermano de esta joven.

CELIA.—Eso, éso. Y lo primero que tiene que averiguarnos por su brujería ó su cencia, es si mi hermano es vivo ó muerto, que bien podría suceder que por sus pecaos hubiérase dido al otro mundo.

INFINITO.—Bien está. Yo trabajo en descubrir los arcanos de este mundo y del que está más allá de nuestros ojos, en la inmensidad de lo invisible... Pero tente un poco allá, niña preciosa, y no eches sobre mí tus miradas fúlgidas, ni me enseñes, risueña, esos dientes blanquísimos. Veo en ellos los mismos dientes con que nuestra madre Eva mordió la manzana del pecado original... Ji, ji... (La acaricia la barbilla con el extremo superior de la pluma de ave.)

CELIA.—(Con franca risa.) ¡Vaya con el viejo! ¡No es poco atrevido!

PASTOR.—Téngase el sabio dentro del recato debido.

INFINITO.—Dispénseme. De joven fuí muy enamorado; ¡ay, qué tiempos!; y de viejo, practicando la santa cábala, me ha quedado el hábito de la galantería honesta, sin ofensa para nadie... Ji, ji. Empecemos. (Coge un papel y se dispone á escribir.) Ji, ji. (Con solemnidad.) Hame dado en la nariz que el ser á quien busca esta linda moza no es un hermano, sino un novio.

CELIA.—(Riendo.) ¡Ande la órdiga!

INFINITO.—Sí. Y un novio que se pierde es la cosa más corriente en estos barrios y en todos los barrios del mundo: pero para estas pérdidas de novios está aquí Pedro Infinito, que tiene arte y ciencia para encontrarlos, ora estén perdidos en los recovecos de la costra terrestre, ora en los espacios siderales, que también llamamos planetarios. A ver: el nombre del joven extraviado.

CELIA.—(Poniéndose seria.) Se llama Germán.

INFINITO.—(Después de un rato de vacilación y hacer muchas muecas.) Germánicus, nombre godo latinizado, equivalente al griego Hieromita y al hebreo Jeroboán. (Hojea un cuaderno mugriento.)

CELIA.—Lo primero que tiene que decirnos es si Germán es vivo ó muerto.

INFINITO.—Espérese un poco. (En un papelucho escribe combinaciones de letras.) Las diez letras cabalísticas no concuerdan con el "Bereschit".

CELIA.—¡Berechiste! ¿Qué chistes son ésos?

INFINITO.—"Bereschit". La primera palabra del Génesis que contiene todo el conocimiento de las cosas terrestres.

PASTOR.—Según éso, el chico no vive.

CELIA.—Mire bien, señor Infinito.

INFINITO.—Poniendo estoy en ello mis cinco sentidos. (Sigue haciendo combinaciones cabalísticas.) Las diez letras concuerdan con el Mereaya ó el Carro, que se refiere á todo lo perteneciente al orden celeste.

CELIA.—Según éso, Germán está en los espacios celestiales, ha muerto, es un espíritu.

INFINITO.—Poco á poco, mocita pizpireta. Ji, ji. El ser espíritu no quiere decir que carezca de forma visible y tangible; las almas van y vuelven.

PASTOR.—Quiere decir que el chico ha fallecido, que ya no tiene substancia y ha vuelto á la nada, de donde salió.

INFINITO.—No es éso. Entienda usted, señor mío, que el principio fundamental de la doctrina que practico y enseño, es el siguiente: "De nada, nada se hace. No hay, pues, substancia que se haya sacado de la nada. La materia misma no ha podido sacarse de la nada." Lo que en vuestra ignorancia llamáis espíritus es también materia visible y tangible, como se puede comprobar con mil ejemplos cuya realización está en mi mano.

CELIA.—O yo soy lerda, ó lo que quie decir el señor Sinfinito es que

si Germán es difunto andará corriendo sin cuerpo por los mundos deletéreos.

INFINITO.—Etéreos se dice. Esos mundos son el éter ó el espacio, que también es infinito.

CELIA.—Entonces, señor Infinito, usted busque á Germán, le coge, le vuelve á poner su cuerpo, y nos le trae acá para que le veamos y hablemos con él.

PASTOR.—Ajajá.

INFINITO.—Eso está en mis facultades, puedo hacerlo; mas para ello precisa sinfín de cálculos, sinfín de operaciones, que llevan mucho tiempo. Tengo que macerar mis carnes, aguzar mi entendimiento, ponerme en ese estado que llamamos éxtasis.

CELIA.—Sí: hacerse todo espíritu para penetrar..., para...

INFINITO.—Justo; la primera operación será escudriñar el reino de los "sephirots", que son los seres más próximos al Creador.

PASTOR.—Esos son los ángeles y serafines. Entre ellos no busque usted al Germancito.

INFINITO.—Entonces me bajo á la región de los "assiah", donde están los seres que aun no se han desprendido totalmente de la cáscara terrenal y de la torpeza y miserias materiales.

CELIA.—(Vivamente.) Ahí, ahí es donde lo va usted á encontrar. Tráigalo pronto, don Sinfinito, y se le abonará por su trabajo lo que sea.

INFINITO.—Hablemos claro, mocita vivaracha, ji, ji..., que soy hombre de conciencia y no quiero engañar á nadie. Para traer á ese chico del otro mundo á éste tengo que sacrificar mi pobre naturaleza, pues no puedo ponerme en éxtasis sino á costa de mi sangre, de mi substancia cerebro-espinal, de mis nervios y de mi tejido adiposo. Una vez que hice esto mismo para servir á una señora viuda que deseaba hablar con su esposo difunto, me quedé en los huesos y por poco me las guillo yo también y me voy cantando bajito á la región de los "sephirots". Conque niña bonita y señor mayor, esto que me piden les costará á ustedes un pico.

CELIA.—Diga cuánto, y nos entenderemos.

PASTOR.—Diga lo que nos cuesta la traída del muchacho, y si no nos conviene buscaremos otro nigromántico que nos sirva por menos estipendio.

INFINITO.—No encontrarán quien les sirva más á conciencia, ¡rediéz! Si ustedes rechazan mis tarifas no lo hacen por pobreza, sino por tacañería. Hame dado en la nariz que esta moza no es lo que parece: aunque usa vocablos de gente paleta, á lo mejor se le escapan palabras finas, delatando su calidad superior. Esta joven no puede negarme que trae en sus entretelas bolsa gorda (Olfateando.): lo huelo, lo adivino. Ji, ji... (Ademán de tocar el seno de Celia.)

CELIA.—Quítese allá, tío Sinfinito, y no me toque.

PASTOR.—(Sujetándole.) Quieto, amigo, ó perderemos las amistades. Y ahora, señor Infinito, yo digo que tampoco es usted lo que parece; le reconozco á usted.

INFINITO.—(Levantándose y dando golpes en la mesa.) Pues si me conoce sabrá que vivo de mi honrado trabajo, y este trabajo, ¡recontra!, hay que pagármelo. Yo voy de lo finito á lo infinito, y traigo lo infinito á lo finito valiéndome de la ciencia encerrada en este libro. (Coge un libracho sobado y sucio, y con él, despues de dar golpes en la mesa, lo esgrime como un arma ante los ojos de sus dos interlocutores.) ¿Saben ustedes qué libro es éste? Pues es el libro que el ángel Raziel puso en manos de nuestro padre Adán para consolarle de su expulsión del Paraíso, libro que imprimieron después los rabinos. Estudiando en él hicieron toda clase de milagros Elías, Moisés, Salomón...

CELIA.—(Poniéndole su mano en el hombro.) Cálmese, don Infinito; creemos en el libro y en todos sus artilugios. ¿Nos trae usted á Germán, sí ó no?

INFINITO.—(Sofocado.) Lo traeré, lo traeré; déjenme empezar mis operaciones; pero en casos como éste, otras personas me han hecho un anticipo...

CELIA.—Sosiéguese, buen hombre. Se le hará el anticipo.

INFINITO.—(Conmovido, velada la voz, haciendo pucheros.) ¡Ay, hija mía! Tú eres un "sephirot", disfrazada de chica de pueblo. ¡Dios te bendiga!

CELIA.—No se altere, no se incomode.

INFINITO.—Me incomodo porque este buen señor, disfrazado de paleto, duda de mi ciencia y me regatea el pan que gano con tanto trabajo y tantos estudios cabalísticos, matemáticos, astronómicos y cosmogónicos, pan muy amargo en verdad. ¡Ay de mí! (Llora.)

PASTOR.—Sí que dudo de su ciencia; basta de farsa. Usted, traído por su fiero destino á esta condición miserable, se gana la vida engañando con sus cábalas á la pobre gente de estos barrios. (Oyendo esto, Infinito se levanta, dominado por una grande emoción.) Sí usted ha visto en nosotros personas que no son lo que parecen, yo veo en usted á un hombre en otros tiempos ilustre y afamado, al insigne don Pedro del Salar, que desde las cumbres del saber se despeñó en los abismos de la locura; fué recluído en un manicomio, y después, de tumbo en tumbo, de caída en caída, ha venido á parar á esta condición miserable.

INFINITO.—(Dirígese lentamente hacia Pastor en actitud luctuosa y dolorida.) ¡Ay! ¿Qué voz es esa que canta la elegía de mis infortunios? (Se abraza á Pastor y oculta su rostro contra el pecho de éste, llorando.)

PASTOR.—Venga usted aquí, amigo mío; respire ya; recobre su verdadero estado.

INFINITO.—(Mirando atentamente al rostro de Pastor.) Le conozco, le reconozco á usted á pesar de los tristísimos años transcurridos. Usted es de la familia de Pastor.

PASTOR.—Sí, José Pastor, y usted, don Pedro del Salar, el gran matemático y físico.

INFINITO.—Sí, sí. Soy quien soy.

CELIA.—(Que durante el anterior pasaje ha sacado del pecho sigilo-

samente un billete de Banco.) Venga acá, Infinitísimo. (Le coge del brazo y le lleva hacia la derecha.) Y pues usted ha de traernos á Germán, aquí tiene el anticipo. (Le da el billete.)

INFINITO.—A éso iba. Haré por traéroslo. (Examinando el billete, acercándolo mucho á sus ojos, cansados.) Esto es un abonaré de los que pone en circulación el llamado Banco de España. (Lo mira detenidamente por un lado y otro.) Es bueno, es bueno, y aquí dice, en caracteres arábigos, ciento. Cien pesetas. ¡Ay, hija mía, qué buena eres! ¿Me permites que te dé un beso?

CELIA.—(Graciosa.) ¡Ay! Eso, no, don Pedro; no sea usted disoluto.

INFINITO.—(Con júbilo, llamando á su criada.) ¡Regina! ¡Regina! (Aparece Regina por la derecha.)

ESCENA VII

CELIA, PASTOR, INFINITO, REGINA

REGINA.—¿Qué quiere, señor?

INFINITO.—(Con palabra balbuciente y movimiento coreográfico, que indican su desequilibrio cerebral.) Regina, mi administradora, mi despensera, mi cocinerita salada, toma este billete.

REGINA.—(Mirándolo.) ¿Será bueno? No se fíe de ésos.

CELIA.—(A la izquierda, hablando con Pastor.) ¡Pobrecillo! El billete le ha trastornado.



INFINITO.—(A Regina.) No son lo que parecen; son personajes opulentos disfrazados de paletos. Bolsa gorda. Coge el billete, vete á la tienda del tuerto, y allí lo cambias; ten cuidado no te den duros falsos. Luego vas á la plaza, trae una pierna de carnero; jamón, cuarto de kilo; escabeche de besugo, chicharrones y queso de Roquefort. Vas á la confitería y te traes media docena de pasteles, y no me sises, no me sises. Tráeme la vuelta completa.

REGINA.—¡Qué le he de sisar!

INFINITO.—Vete pronto.

REGINA.—¿Y me deja comprar lo que me hace falta?

INFINITO.—¿Qué?

REGINA.—Mire cómo tengo las chinelas. ¿Compro otras?

CELIA.—Sí, cómprelas, para que se ponga decentita.

REGINA.—Me voy.

INFINITO.—Aguarda un poco; trae también media botella de Rioja.

CELIA.—Media, no; botella grande.

INFINITO.—Muy grande.

REGINA.—Bien, señora. (Vase.)

ESCENA VIII

CELIA, PASTOR, INFINITO; al fin de la escena, LEONARDA y VIRGINIA

CELIA.—(Impaciente.) Bueno, don Pedro; si ha de traernos á Germán, váyase pronto.

INFINITO.—No hay prisa todavía; tengo que dar algunos pasos, y espero el oportuno momento. Yo sé cuándo tengo que irme.

PASTOR.—Ya que ha visto usted que puede hacer milagros sin tantos embelecos, lo mejor será que pegue fuego á todo ese papelorio, lleno de formularios mentirosos.

INFINITO.—¡Ay, amigo mío! Quemarlos, no. Con esos papeluchos, con esas armas, me he defendido del hambre en mi triste vejez. El libro que el ángel Raziel entregó á nuestro padre Adán me ha dado lo suficiente para unas sopas y un cocidito... Fíjense ustedes en la mísera condición del vecindario de esta casa y de las adyacentes. Aquí no hay mas que gente pobrísima: vendedores ambulantes, menestrales de la clase más humilde, obreros cargados de hijos que apenas ganan para ir tirando malamente. Las mujeres anémicas, los hijos encanijados, trabajadores en ruda pelea con sus patronos, que unas veces les despiden sin motivo, otras les rebajan la soldada; industriales en pequeña escala, que son víctimas de la brutalidad de los asentadores; niños que desde que nacen vienen al mundo empadronados para el cementerio... ¡Oh, mundo miserable! ¡Oh, sociedad sin brújula ni gobierno! A esta plebe desvalida no llega la acción de los ricos, que viven allá arriba descuidados de todo lo que no sea su propio interés. Apenas llegan acá migajas de las caridades aparatosas que derraman sin ton ni son las clases pudientes.

CELIA.—Muy bien, don Pedro. Y usted vive entre estas pobres gentes, y las ama y las consuela.

INFINITO.—Sí, sí. Todos mis cariños son para este buen populacho, que, desamparado de los gobiernos, esquilmado por el fisco, hostigado sin cesar por los polizontes, vuelve sus ojos á lo desconocido, al más allá, á lo infinito... Ya saben ustedes, y si no lo saben apréndanlo ahora, que lo finito tiende á volar hacia lo infinito cuando se ve en desgracia. Ejemplo, yo; ejemplo, todos mis clientes y parroquianos. Los hombres se resignan; las mujeres chillan, alborotan, y llorando vienen á mí, pidiéndome la cura del chiquillo enfermo, la comunicación con un ser ausente, el arbitrio para encontrar dinero, el premio de la lotería, y mil y mil consuelos fantásticos y sobrenaturales. Vean ustedes el secreto de mi agencia cabalística. En esta mesa, con el auxilio de estos librachos infundiosos y pestilentes, soy el hechicero de los infelices que han perdido la esperanza del bienestar, la fe religiosa y la fe social. A mi modo yo consuelo á los afligidos, yo pongo unas gotitas de agua en la boca del sediento. Claro es que les engaño con risueñas ilusiones..., ji..., ji... Yo consuelo á toda esta gente..., ji..., y al mismo tiempo como..., ji..., ji..., que también yo soy hijo de Dios..., y no dirán que abuso. A las muy pobres, por ponerles al habla con un ser difunto no les cobro mas que una perra gorda.

CELIA.—(Impaciente.) ¿Y no será ya hora de que vaya usted á traernos á Germán?

INFINITO.—Sí, ya voy. (Coge un sombrero para salir; detiénese.) ¡Ah! Si antes que yo llega Regina, mi asistenta, háganme el favor de decirle que ponga inmediatamente al fuego, en cazuela, la pierna de carnero; hoy es día grande; me permito un extraordinario.

CELIA.—Descuide; yo ayudaré á Regina, y tendrá usted hoy una comida suculenta.

INFINITO.—Ji, ji, ji. Bien me la merezco. Hasta luego. (Al intentar salir aparecen Leonarda y Virginia, que viven en el patio próximo.)

LEONARDA.—¡Ay, don Pedro de mi alma!

VIRGINIA.—No se vaya, por Dios, que tenemos que hablar.

INFINITO.—¿Qué les pasa?

LEONARDA.—Vengo sobre mi marido, á ver cómo le colocamos.

VIRGINIA.—Mi chico está peor, enteramente baldadito...

INFINITO.—Pues yo tengo que salir; pero si despacháis pronto...

CELIA.—No, no, don Pedro; váyase usted. Yo me encargo de servir á estas señoras. Yo sé todo este requilorio tan bien como don Pedro.

INFINITO.—Mejor que yo lo sabe; es mi discípula.

CELIA.—(Sentándose en la silla de Infinito.) Ya estoy en funciones. A ver, señoras. ¿Qué quieren?

LEONARDA.—Don Pedro ya lo sabe.

INFINITO.—(A Celia.) Esta pide al Ayuntamiento un destino para el marido. Esto es lo que llaman la cábala de facción ó de partido. Aquí está el formulario. (Le entrega un cuaderno. Aparte, á la izquierda.) ¡Qué conflicto, Señor! ¿Dónde encontraré á ese Germán, esa bala perdida? ¿Estará en el planeta Júpiter, vulgo estación de las Pulgas? No, no. ¿Estará en la taberna del Cuco, vulgo región de los "cefirots"?

No sé. Lucido quedo con estos señores si no lo traigo. ¡Angel Raziel, ilumíname..., guía mis pasos! Voy, voy. (Sale a la calle.)

ESCENA IX

CELIA, PASTOR, LEONARDA, VIRGINIA; después LEONCIO

CELIA.—A ver, tú.

LEONARDA.—Mi Julián, desde que le cogió el tranvía está imposibilitado. Póngale al alcalde una carta con salutación; verbigracia: puestas las letras en forma y manera que sean como venidas de las potencias celestiales.

CELIA.—(Hojeando el libro.) "Julianus". "Capadocius". "Sephirots". "Alcaldíbilis in terran, matritun garabatin lucis". Esto es muy sencillo. ¿Y tú? (Dirigiéndose á Virginia. Entra Regina y pasa hacia su habitación, llevando el cesto.) ¿Tienes un niño enfermo?

VIRGINIA.—Sí, señora; baldadito de la pierna.

CELIA.—¿Le han puesto la pierna en escayola?

VIRGINIA.—No, señora; ha dicho el médico que hay que llevarle al "espital" para mirarle la rodilla con eso que llaman los rayos de la equis. Póngame una oración de San Rafael que ahí tiene don Pedro, la cual es como un sortilegio que se le pone después de untarle con aceite de las lámparas benditas.

PASTOR.—Pronto se les arreglará éso. Celia, ya sabes.

CELIA.—(Haciendo garabatos en un papel.) A ello voy. Siéntense las dos aquí, y esperen un rato. En un momento haré la conjuración del anagrama pentacróstico y peripatético; mas para que yo pueda trabajar necesito no ser vista ni oída. Háganme el favor las dos de taparse los ojos y no pronunciar palabra alguna mientras yo me pongo en éxtasis. (Sale Leoncio de su casa, se acerca lentamente y permanece á discreta distancia de la mesa, observando.) Vamos, vamos, ya empiezo. (Las dos se tapan los ojos.)

PASTOR.—Mucho cuidado. señoras; tápense bien y esténse calladitas. (Mientras permanecen con los ojos tapados las dos mujeres, Celia saca rápidamente de su seno los billetes de Banco. Coge dos. Coge al propio tiempo de la papelera de don Pedro dos sobres y dos hojitas de papel, mete cada una en su sobre, añadiendo un billete de cien pesetas; cierra luego los sobres, y escribe una palabra en cada uno de ellos.)

CELIA.—(Suspirando fuerte.) Ya está.

LEONARDA.—¿Podemos abrir ya?

CELIA.—Abran. (Fingiendo cansancio.) ¡Ay, lo que me ha costado ésto! (Fingiendo no ver bien.) Vengo encandilada de las luces infinitas que refulgen en los aposentos celestiales. (Mostrando los dos sobres.) Aquí tienen cada una su remedio. Este es el de Leonarda. (Se lo da.) Este es el de Virginia. (Se lo da.) Ahora falta una cosa muy esencial; fíjense bien en lo que les advierto. Se van ustedes cada una á su casa sin abrir este sobre. No pueden abrirlo hasta que pase hora y media,

más bien minutos más que minutos menos, y durante este plazo han de estar con el mayor comedimiento ocupadas en sus faenas domésticas, pero sin blasfemar, sin charlotear con las vecinas. Dentro del sobre van las instrucciones de lo que deben hacer para que dé buen resultado el conjuro.

LEONARDA.—Está bien; muchas gracias.

VIRGINIA.—¿Y cuánto le debemos?

CELIA.—A mí, nada. Páguenle a don Pedro lo que él les diga.

LEONARDA.—Joven, su cariz y su habla me recuerdan á una gitana de las Cambroneras, la cual, poniéndose en punto de ensoñación, hacía cada milagro que temblaba el misterio.

VIRGINIA.—Es usted mismamente como aquella gitana: los mismos ojos pillos, la boca graciosa... La color sí que es muy otra.

CELIA.—Sí, sí; yo soy esa gitana.

PASTOR.—Lo de la color es porque se ha pintado de blanco.

CELIA.—No; es que me he despintado de lo moreno.

LEONARDA.—(Levantándose.) Vaya, con Dios, y que haiga salud.

VIRGINIA.—Lo mismo digo; adiós.

CELIA.—Váyanse pronto, que está aquí un señor esperando. (Se van las dos mujeres por el patio.)

ESCENA X

CELIA, PASTOR, LEONCIO

LEONCIO.—(Avanzando.) ¿Se ha ido don Pedro?

PASTOR.—Sí, señor: pronto vendrá.

CELIA.—Caballero, ¿quiere usted que le saque el horóscopo ó que le adivine alguna cosita?

LEONCIO.—Gracias. Ya he visto que el gran Infinito la dejó á usted aquí para substituirle en sus enredos cabalísticos.

CELIA.—Justamente; soy su discípula, su secretaria. ¿Necesita consultarme sobre algún asunto concerniente al mundo invisible?

LEONCIO.—(Con amabilidad.) Gracias, señora mía. Yo no me ocupo mas que de lo que está al alcance de mis sentidos.

CELIA.—¿No me reconoce usted como discípula y secretaria de don Pedro?

LEONCIO.—Por tal la reconozco. (Con intención.) Ya pude admirar la destreza con que usted ejerce la ciencia sublime, la ciencia consoladora del gran Infinito.

CELIA.—¿Lo ha visto usted?

LEONCIO.—Sí, señora. He visto la hermosa respuesta que dió usted á las consultas cabalísticas de aquellas pobres mujeres...

CELIA.—¿Y qué más ha notado usted en mí?

LEONCIO.—He notado que usted abandona ya el acento paleto con que entró en esta casa.

PASTOR.—Es que...

CELIA.—Es que hablo el lenguaje que más me acomoda, según las circunstancias.

LEONCIO.—Ya, ya. Las personas que no pertenecen á este mundo mísero no pueden, no saben disimular su calidad.

CELIA.—Bien. ¿Quiere usted algo de mí?

LEONCIO.—Poca cosa. Ocasionaré á usted una pequeña molestia. Hágame el favor de abrir ese cajón.

CELIA.—(Tirando del cajón.) Ya está.

LEONCIO.—Encontrará usted un gran montón de sobres con la dirección escrita.

CELIA.—(Sacando un montón de sobres.) Aquí están. (Leyendo algunos sobres.) "Francisco López, cantero, Amparo, 10." "Aquilino Soto, curtidor, Tribulete, 3"... "Ramón del Río"...

LEONCIO.—Son los obreros á quienes tengo que dirigir una circular para...

CELIA.—(Oponiéndose á que Leoncio coja los sobres.) Perdone usted, señór mío. Estos sobres, dirigidos á los obreros de esta casa y de otras casas de estos barrios, los necesito yo para mis cábalas... Si no lo entiende le sacaré el libro de los "sephirots" y de los "asiats".

LEONCIO.—Señora...

CELIA.—Pastor, guárdame estos sobres. (Da el paquete de sobres á Pastor.)

PASTOR.—Vengan.

LEONCIO.—(Aparte, confuso.) ¿Qué querrá esta señora?... (Entra de la calle Infinito, sofocado, limpiándose el sudor de la frente.)

ESCENA XI

CELIA, PASTOR, LEONCIO, INFINITO; después ESTER

PASTOR.—Ya está aquí don Pedro.

CELIA.—(Levantándose corriendo á recibir á Infinito.) ¿Y Germán?

PASTOR.—¿No le ha encontrado?

INFINITO.—(Jadeante.) No..., no; pero..., pero...

CELIA.—(Con gran ansiedad.) Pero ¿qué?

INFINITO.—Tranquilícese. Sé dónde está; pero no podré traerle... hasta después... En cambio, para que vea usted que la he servido bien, vendrá su mujer.

CELIA.—(Estupefacta.) ¡Su mujer!

INFINITO.—Sí..., sí, Ester. Ahora vendrá.

LEONCIO.—Ester, una chica excelente. Ya está aquí. (Entra Ester de la calle y avanza tímidamente.)

INFINITO.—Pasa, Ester. Esta es la señora disfrazada de paleta de quien te he hablado.

CELIA.—(Como alelada.) ¡Ester! (Ester corre hacia Celia y se arrodilla ante ella con gran emoción.)

ESTER.—¡Celia, señora y hermana mía! (Le besa las manos. Pausa.)

CELIA.—(Con intensa emoción.) Levántate. (Levántase Ester; se abrazan y se besan.)

ESTER.—¿Has venido á buscarme?

CELIA.—(En gran confusión.) No... (Recogiendo sus ideas.) Sí, sí; he venido...

ESTER.—Bendita seas si has venido á perdonarme.

CELIA.—Perdóname tú á mí... Saliste de mi casa sin que yo te diera el socorro que debí darte.

ESTER.—Olvidemos eso...

CELIA.—Tú olvidas, eres feliz... Yo no sé olvidar. (Dominada por intensa emoción, se lleva el pañuelo á los ojos. Acometida de un ligero desvanecimiento, se deja caer en una banqueta próxima.)

ESTER.—Señora mía, ¿por qué esa turbación?

ESTER.—Me figuro, hermana mía, que te cuesta trabajo preguntarme por Germán.

CELIA.—(Rehaciéndose, sacando fuerzas de flaqueza.) Pues te pregunto... ¿Eres su mujer ó es que... vivís juntos sin estar casados?

ESTER.—No estamos casados; pero desde que salimos de tu casa no hemos estado separados ni un solo día.

CELIA.—(Con gran estupor.) Pues me habían dicho... Sigue, cuéntame.

ESTER.—Desde hace un mes trabajamos en la gran Trapería de Cross. Germán está hoy en la estación recibiendo la mercancía que viene de provincias.

CELIA.—Quiero verle, he venido á buscarle. ¿Qué taller es ése donde trabajáis los dos?

ESTER.—La Trapería de Cross, muy cerca de aquí.

LEONCIO.—(Que se aproxima con Pastor é Infinito al grupo de las mujeres.) El grandioso depósito donde se recoge todo el desecho de la vida y de la sociedad para devolverlo á la industria y constituir nueva riqueza, vida nueva.

INFINITO.—Es el detritus social que renace en las manos de una empresa poderosa.

PASTOR.—Cross y Compañía. Conozco esa casa.

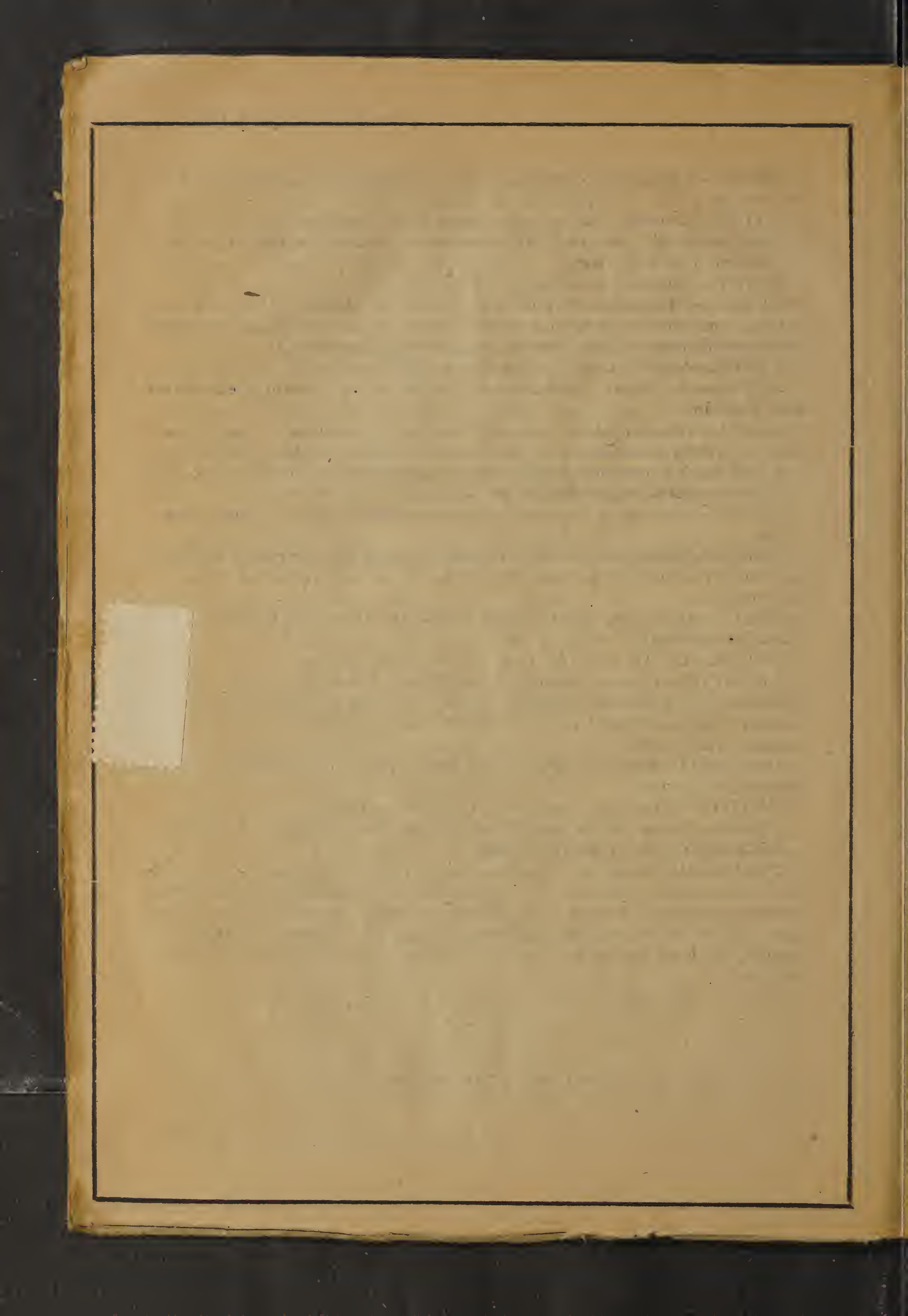
CELIA.—¿Almacén de trapos? ¿Despojos que vuelven á la vida?

LEONCIO.—Véalo usted, señora.

CELIA.—(Con entusiasmo.) He venido á los infiernos, y no me retiraré sin ver ese antro en que los despojos se transforman y las cosas muertas resucitan. Vamos allá. (Enlazadas por la cintura, Celia y Ester van delante hacia la calle, seguidas de Leoncio y Pastor. Infinito, haciendo el signo de comer, se va á su casa, á cuya puerta se asoma Regina.)

(Telón.)

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

Gran almacén de trapos. En el centro y en el fondo del escenario montones de trapos de todas clases. Grupos de mujeres situadas junto a largos tableros, se ocupan en separar las tres clases de hilo, algodón lana, para formar con ellos nuevos fardos, que serán expedidos a diferentes fábricas. En lo más hondo de la escena, se vén los aparatos de desinfección, hornos o calderas. Los grupos de mujeres que hacen la separación del género, están dirigidos por tres capatazas que inspeccionan la labor. A la izquierda una mampara de cristales con ventanillo practicable, tras de la cual está la gerencia y administración del establecimiento. Es de dia.

ESCENA PRIMERA

CELIA, ESTER y PASTOR, que entran por el fondo. Las obreras cantan. El telón sube lentamente.

PASTOR.—Aquí tienes, Celia, el formidable establecimiento de trapos, fin y principio de industrias colosales.

CELIA.—(Observando atónita.) Esto es grande..., es también hermoso...

ESTER.—Fíjate: esas mujeres están haciendo los tres apartados de trapos: hilo, algodón y lana. (Ordenando á las obreras que moderen su algarabía.) Ea, señoras, guarden silencio, que hay visita... Yo soy capataza, y ésta que ves aquí es la sección que tengo á mis órdenes.

CELIA.—(Maravillada.) Ya comprendo lo que nos dijo aquel señor en la casa de Infinito. Aquí viene el desecho de la vida, y aquí se le prepara y dispone para nuevas industrias.

PASTOR.—Nada muere, nada se pierde en la Naturaleza; lo que abandonamos por inútil, revive y vuelve á colaborar en nuestra existencia. Los guiñapos de algodón salen de aquí para convertirse en papel, en periódicos, en libros. El hilo revive en librillos de papel de fumar, y los recortes ó retazos de lana vuelven á ser batanados para confeccionar fieltros, alfombras, mantas de abrigo...

CELIA.—Y de la seda, ¿qué hacen?

ESTER.—Los recortes de seda son lo que menos vale: el despojo de las cosas elegantes fenece aquí.

CELIA.—¡Es asombroso! ¡Cuánto me alegro de ver ésto! ¿No me has dicho que conoces á los dueños de esta gran trapería?

PASTOR.—¡Ya lo creo! En casa hemos hecho con ellos algunos negocios. Voy á ver si está don Gustavo. (Se acerca al ventanillo y llama.)

DON GUSTAVO.—(Mostrándose por el ventanillo.) ¡Ah! ¿Es usted, Pastor? ¿Qué bueno por aquí? ¿Qué facha es ésa, don José? Parece que no viene usted solo...

PASTOR.—Ya le explicaré. Abrame la puerta y hablaremos. (Abren la puerta del escritorio y entra Pastor.)

ESCENA II

CELIA, ESTER y OBRERAS. Ester coje dos banquetas y se sientan las dos, una en frente de la otra.

CELIA.—Pero ¿tú no trabajas?

ESTER.—Ahora, no. Pronto es la hora de comer y se suspende el trabajo. Charlaremos un poco.

CELIA.—Pero... (Mira á todos lados, inquieta y recelosa.)

ESTER.—Tú quieres preguntarme algo y no te atreves.

CELIA.—Sí me atrevo. Germán, ¿dónde está?

ESTER.—Suponiendo que no querrás verle no le mandé recado.

CELIA.—Mándásele... ¿Y no viene á comer?

ESTER.—Comerá en casa.

CELIA.—¿Y tú con él?

ESTER.—No; yo me quedo aquí para acompañarte. Aquí me traerán la comida... Francamente, Celia, no quiero llevarte á mi casa, que es pobre, muy pobre.

CELIA.—Y ¿qué me importa la pobreza? (Con gran energía.) Quiero ver á Germán. (Levántase.)

ESTER.—Ten calma. (La obliga á sentarse.) Yo le mandaré recado para que venga.

CELIA.—(Confusa.) ¿Va y viene cuando tú se lo mandas?

ESTER.—Me obedece ciegamente.

CELIA.—(Atónita.) ¿Te obedece ciegamente? Un hombre de su inteligencia, de su iniciativa...

ESTER.—Sí; el joven de imaginación ardiente, voluntarioso, tornadizo, es ya hombre formal, atento no más que á sus obligaciones.

CELIA.—¿Y ese milagro lo has hecho tú?

ESTER.—Yo... ¿No lo crees?

CELIA.—Doy crédito provisionalmente á lo que me dices...; pero necesito verlo. (Suena una campana, señal de que ha llegado la hora de comer. Se suspende el trabajo; fórmanse grupos de mujeres en distintos puntos de la escena, disponiéndose á comer, unas en mesa, otras en el suelo. Entra por la derecha una chiquilla, que le trae á Ester la comida y una botella de vino.)

ESTER.—¿Serás tan buena, serás tan humilde que comas conmigo este pobre cocido?

CELIA.—Sí, muy á gusto me pongo á tu nivel. He bajado al infierno para ver de cerca las estrecheces de las clases inferiores. Soy en este momento una obrera humilde como tú.

ESTER.—Está bien. (La chiquilla pone en una mesita los enseres de comer: cazuela, platos, etc. Ester se sienta frente á Celia y extiende un mantelito muy limpio, pone en él la cazuela y vierte en ella el puchero, disponiéndose á comer el frugal cocido.) Los grandes son grandes hasta cuando se empequeñecen.

CELIA.—(Cogiendo su cuchara.) Este cocidito está diciendo comedme.

ESTER.—Pues comámosle con bendición, y quiera Dios que esta buena armonía entre las dos no se rompa.

CELIA.—No se romperá. Y ahora sigue tu cuento.

ESTER.—Vuelvo á nuestro asunto.

CELIA.—Ante todo, dime si desde que saliste de mi casa habéis vivido juntos Germán y tú.

ESTER.—Sí. Expulsados de tu casa, el mismo día nos reunimos Germán y yo en la calle, y nos fuimos a Jetafe, á la casa de una prima de él, donde vivimos hasta que se nos acabaron los pocos recursos que



él y yo llevábamos. Decididos á trabajar, vinimos á Madrid y tomamos una casita en la calle de Santa Inés. ¡Ay, Celia! No tienes idea de los trabajos y fatigas que pasamos durante tres ó cuatro semanas, tratando de ganar un pan bien amargo.

CELIA.—¡Ay, pobrecilla! ¡Qué pena me das contándome esas desdichas, que yo pude evitar!

ESTER.—Yo no te acuso, Celia... Tranquiliza tu conciencia y óyeme lo que voy á decirte. En medio de aquellos horribles afanes, en aquel luchar angustioso por unos mendrugos de pan amarguísimo, yo era feliz.

CELIA.—(Asombrada.) ¡Feliz! ¿Has dicho que eras feliz en tu miseria?

ESTER.—Sí, porque si todo me faltaba poseía la ventura más grande para mí: el amor de Germán.

CELIA.—(Con amargura y asombro.) ¿Germán te amaba entre tantas privaciones y en esa lucha horrible por el pan? ¿Y tú le dominabas?

ESTER.—Sí; á veces con dulzura, á veces empleando esta energía que me ha dado Dios... Tú conoces esa energía, Celia, tú la conoces...

CELIA.—Sí, sí; siempre fuiste indómita; tratabas de imponer tu voluntad.

ESTER.—Eso, éso. Mi voluntad, más poderosa en los infortunios que en los tiempos prósperos, se sobrepuso al carácter imaginativo, voluble, impulsivo y alocado de Germán. Yo le hice mío, enteramente mío; yo le enseñé la resignación, la constancia en el trabajo, siempre con miras al porvenir; yo le aparté de las combinaciones picarescas para adquirir dinero sin trabajo; yo le libré de la maldad, del crimen. Yo, buscando y rebuscando los mejores acomodos, le traje á la paz y al bienestar modesto de esta soberbia granjería de trapos, donde hemos logrado una existencia tranquila y provechosa.

CELIA.—¿Crees que será duradera? ¿Tendréis aquí trabajo para mucho tiempo?

ESTER.—¡Ay, no sé! Desde ayer corre el rumor de que este negocio pasa á manos de una Compañía extranjera, que ofrece por él seis millones de reales nada menos.

CELIA.—(Meditabunda. Pausa.) Esa no es razón. Podréis seguir sirviendo á los nuevos patronos. Y ahora dime: ¿cómo no se os ocurrió ni á ti ni á Germán, al veros en situación tan miserable, acudir á mí por medio de un recado ó de una carta?

ESTER.—¡Acudir á ti! ¡Quia! Algunas veces, viéndonos en la última miseria, pensamos en eso..., digo mal: era él quien lo pensaba y me lo proponía; pero yo, que conservaba en mi alma como un fuego sagrado la dignidad de la desgracia, le decía: "No, Germán; á Celia, no; á la que nos expulsó de su casa en aquel día triste, no podemos acudir dignamente." Una noche en que no teníamos para cenar, insistió Germán en su tema: quería escribirte. Yo me puse furiosa; cambiamos palabras muy vivas; yo le dije que si él no tenía vergüenza, á mí me sobraba esta virtud. Le dominé, al fin, con mi palabra y mi gesto; creo que llegué hasta pegarle. Germán acabó por darme la razón. No; la pobreza desvalida debía pedir misericordia á Dios, no á los poderosos de la tierra.

CELIA.—Pero dime otra cosa, sácame de una duda...

ESTER.—¿Qué?

CELIA.—¿Cómo es que teniendo tú tanto ascendiente sobre Germán y siento tu voluntad maestra de la suya, no has conseguido que se case contigo?

ESTER.—En ello estamos. Por no tener recursos suficientes no nos hemos casado ya; pero... pronto será.

CELIA.—Sí, pronto, pronto. (Entre las mujeres que comen en distintos puntos de la escena se produce un murmullo que corre de grupo en grupo. Algunas, entre curiosas y asombradas, se fijan en Celia.) ¿Qué ocurre?

ESTER.—Te han conocido. Entre esas mujeres hay una que sirvió en tu casa. Ya no puedes sostener el incógnito.

CELIA.—Me han quitado la careta. No importa.

DON GUSTAVO.—(Por el ventanillo.) Ester, un momento.

ESTER.—Voy. ¿Qué me querrá? Dispénsame.

CELIA.—Aquí te aguardo. (Entra Ester en el escritorio.)

CATALINA.—(A sus compañeras.) Os digo que sí. Fué mi ama. ¿Verdad, señora marquesa, que fué usted mi ama?

CELIA.—Sí, por cierto.

CATALINA.—Y ama también de Germán.

CELIA.—También.

CATALINA.—¡Y hermana de leche de Ester, de nuestra capataza!

CELIA.—Justo.

OBRERA 1.ª—¡Qué suerte la de Ester! Y la señora, que es marquesa, viene vestida como una pobre.

CATALINA.—¡Viva la señora marquesa!

OBRERAS.—¡Viva!

CELIA.—Callad. Os lo suplico.

ESCENA III

CELIA, INFINITO, GERMAN, OBRERAS

INFINITO.—Pasa, Germánicus, no seas vergonzoso, que la timidez no es virtud, sino defecto que afea y desmejora al hombre fuerte.

CELIA.—¡Ah, Germán!

GERMAN.—¡Señora!...

CELIA.—(Como alelada.) Pareces otro.

GERMAN.—Y otro soy.

CELIA.—Transfigurado estás.

GERMAN.—(Ceremoniosamente.) Señora, bienaventurados son hoy nuestros ojos, al ver que usted se digna descender hasta estos pobres para iluminarnos con sus bondades, con su gracia, con su...

CELIA.—(Risueña.) Germán, ven á mí. (Le alarga la mano. Germán corre hacia Celia y le besa la mano.) Venga usted también, don Pedro.

INFINITO.—(Después de besar la mano de Celia.) Ilustre dama desconocida, que descendisteis á nuestra humilde morada con disfraz y acento de lugareña, bésoos la mano y os deseo mil años de vida para bien de estos desgraciados.

CELIA.—Ya conozco, Germán, tus vicisitudes... Ya sé, por Ester, que en vuestra miseria sois dichosos, y que... no os habéis casado ya por falta de recursos.

GERMAN.—Así lo quiere ella, señora, y así ha de ser. Ester, voluntad poderosa, cariño fuerte, ha sometido mi caprichosa y voluble inteligencia. Me enseñó á trabajar, á resignarme; me apartó del vicio; acaso me libró del crimen. Le pertenezco.

CELIA.—Es tan cierto, Germán, que su amor y su voluntad rigen tu

vida, que al escucharte me parece que la escucho á ella, que hablas con sus palabras.

GERMAN.—Así es.

CELIA.—Y óyeme tú á mí ahora, Germán. Mientras tú y Ester érais tan desdichados, la que os lanzó á la miseria no era feliz, no lo es todavía. (Se enjuga una lágrima. Pausa.) Pero todo tiene, al fin, amigo



mío, la debida reparación. Yo he bajado á este infierno para consolar á los que ofendí, para redimiros á ti y á Ester, dánoos un bienestar permanente y seguro.

GERMAN.—Señora y ama mía, Dios le pagará tan buena acción. (Le besa nuevamente la mano. Sale Ester á tiempo de verlo.)

ESCENA IV

Dichos; ESTER

ESTER.—¿Eh, Germán, tú aquí? ¿Qué haces?

GERMAN.—Besar la mano generosa de nuestra protectora.

ESTER.—(Con repentino impulso de celos.) ¿Protectora?

GERMAN.—Protectora, sí.

CELIA.—No me mires de esa manera, hermana. Te engañas en lo que adivino que piensas. Te juro que te engañas. Pronto has de convencerte. (Entra resueltamente en el escritorio.)

ESTER.—(Enérgica.) Ven acá, tú, Germán.

GERMAN.—Mujer, déjame.

ESTER.—Ven acá. Habla. ¿Qué ha sido esto? En cuanto has visto á la señora has perdido el juicio, ¿verdad?

GERMAN.—No delires.

ESTER.—No deliro, no, Germán. Temo por ti, por mí. Empleé toda mi paciencia y todo mi cariño en apagar en tu alma la ardiente ambición de grandezas, y ya te tenía por mío para siempre, cuando aparece de improviso Celia á encender en mi pecho esta duda, á renovar en el tuyo el pasado incendio.

INFINITO.—Ten juicio, Ester.

GERMAN.—Ten juicio. Los celos te trastornan. Juzgas mal á Celia, que no ha venido aquí más que á favorecernos á todos. (Disponiéndose á arengar á las obreras.) ¡Compañeras, oídme vosotras un instante!

ESTER.—Ya está en funciones el ruiseñor parlero... ¡No le hagáis caso!

INFINITO.—¡Cállate, loca!

GERMAN.—(Con acento oratorio.) Esa noble dama, dotada de excelsas virtudes y favorecida por su nacimiento con inmensa fortuna, no pone diques á su piedad cuando se trata de favorecer á los desheredados. No solicitéis nunca sus favores con escándalo y vocerío, que ella es maestra en practicar con arte silencioso la dulce caridad. (Gran vocerío de las mujeres. Infinito, entusiasmado, abraza á Germán.)

INFINITO.—¡Ah, Germánicus! ¡Admirable y sobrenatural Germánicus!

ESCENA V

Dichos; LEONCIO, que sale del despacho.

LEONCIO.—Pero ¿qué algarabía es ésta? Callad todos y oídme: Ordena el señor Cross que se suspenda el trabajo esta tarde.

OBRERAS.—¿Qué? ¿Qué es eso?

LEONCIO.—Que no hay más labor esta tarde.

ESTER.—¿Por qué?

INFINITO.—¿Qué pasa?

LEONCIO.—Que ahí dentro se está tratando de un asunto importante que quizá cambie en un momento la marcha de esta industria.

ESTER.—Explíquese. ¿Es cosa de Celia? Sin saber por qué estoy en ascuas.

INFINITO.—Díganos si ese asunto interesa á los habitantes de la costra terrestre, ó si es una emanación difusa de los espíritus que pueblan los espacios interplanetarios.

LEONCIO.—De realizarse, sus beneficios alcanzarán à todos vosotros.

ESTER.—¿A todos? ¿A mí también, Leoncio? ¿Está usted seguro? (Siguen hablando bajo.)

OBRERA 1.ª—(A sus compañeras.) Oíd, oíd; se me ocurre una cosa.

CATALINA.—¿Qué?

OBRERA 1.ª—Que tenemos la obligación de cumplir con la señorita marquesa.

OBRERAS.—¡Sí, sí!

OBRERA 1.ª—Pues venid, veréis lo que he pensado. (Hacen mutis Catalina y varias obreras.)

LEONCIO.—¡Qué voluntad, qué energía y qué entendimiento! ¡El alma de esa mujer es grande!

ESTER.—Ya no la admiras tú solo, Germán. ¿Qué ha hecho?

LEONCIO.—Ha tenido un rasgo admirable. Al anunciarle el señor Cross que una casa francesa ha ofrecido por el traspaso de este negocio un millón quinientos mil francos, se puso en pie y dijo echando lumbre por los ojos: "La casa es mía; yo doy á ustedes un millón setecientas mil pesetas.

INFINITO.—¿Y sabes tú, Leoncio; sabes tú, Germán, que la linda millonaria es soltera?

LEONCIO.—¿Y qué nos importa? No se ha de casar con ninguno de nosotros.

ESCENA VI

Dichos; PASTOR, CELIA, DON GUSTAVO

CELIA.—(Saliendo del despacho.) Yo no tengo más que una palabra, señor Cross. Compro la trapería, la fábrica de la Roda y todos los inmuebles anejos á esta gran industria. ¿Lo oye usted, Leoncio?

LEONCIO.—Lo oigo y me alegro de ello, señora. El capitalismo, seco y egoísta comúnmente, en usted se trueca en virtud sublime, porque sin duda procede usted así mirando al bienestar de las clases trabajadoras.

CELIA.—¿Usted qué sabe?

LEONCIO.—Lo supe esta mañana al enterarme de la inaudita generosidad de usted.

CELIA.—Eso no vale nada.

LEONCIO.—Me quitó usted los sobres que tenía para mandar á los compañeros, y con donosa travesura repartió usted entre éstos cerca de veinte mil pesetas; pero créame usted, señora: la caridad, por grande que sea, no resuelve el problema que á todos nos conturba, ricos y pobres. La plebe laboriosa no se redime sólo por la caridad.

CELIA.—¿Pues qué más necesita la plebe laboriosa?

LEONCIO.—Justicia, señora.

CELIA.—Y la justicia, ¿dónde está?

LEONCIO.—Yo no la veo por ninguna parte. Si los seres privilegiados como usted no nos traen siquiera un destello de esa luz eterna, no veo más que tinieblas, no encuentro la salida de este laberinto.

ESTER.—Tiene razón Leoncio. Señora y hermana mía, justicia es lo que te pedimos.

CELIA.—¿Tú también?

ESTER.—Sí; yo la primera.

CELIA.—¡Descuida! Sabré hacerla, y pronto.

PASTOR.—Ten serenidad, hija mía; procede como quien eres, olvidando resentimientos, que rebajarían tu dignidad: arráncate aquella espina...

CELIA.—Ya me la arranqué. Me ha dolido; pero el dolor pasó, pasó...

ESCENA VII

Dichos; CATALINA y COMISION DE OBRERAS

OBRERA 1.ª—¡Atrévete, anda!

CATALINA.—Vaya si me atrevo; verás. Seňá...

OBRERA 1.ª—¡Señora!

CATALINA.—Señora marquesa..., aquí venimos...

OBRERA 1.ª—A traer...

CATALINA.—A vuecencia este pobre obsequio..., en holo..., holo...

OBRERA 1.ª—Holocausto...

CATALINA.—En holocausto á..., en señal de... ¡Vaya!, que no sabemos decirlo.

OBRERA 1.ª—Ahí, el señor Leoncio hablará por nosotras.

LEONCIO.—Aceptad, señora, este ramo, más que como señora, como compañera, pues habéis endulzado las amarguras de los menesterosos y adquirís el almacén y la fábrica para uniros en lazo familiar con los trabajadores.

CELIA.—Y para algo más, Leoncio. Añada usted que en la escritura, que firmaré mañana, me obligo á dar participación en los beneficios de esta industria á todos mis obreros y á establecer pensiones para los que por su avanzada edad se retiren del trabajo.

LEONCIO.—Sois la gloriosa iniciadora de una feliz concordia entre las clases altas y las clases humildes. Vivid mil años, ilustre y santa mujer.

OBRERAS.—¡Viva, viva!

CELIA.—Pero impongo condiciones. Habéis de ser desde hoy compañeras mías; en el taller, laboriosas y diligentes; en el hogar, solícitas y hacendosas, y siempre virtuosas y honradas. Ya lo sabéis. ¡Se prohiben las uniones ilícitas! Y aquellas de vosotras que así vivieren han de contraer matrimonio civil ó religioso inmediatamente. Y según la cábala del señor Infinito, la primera que ha de hacerlo es Ester.

CATALINA.—¡Eso! Que se case con Infinito.

INFINITO.—Conmigo, no, ¡rediez! Antójaseme, Germánicus, que con quien la casan es contigo.

CELIA.—Afírmalo, Germán. Dile que el esposo de Ester eres tú, que la diste palabra de matrimonio.

GERMAN.—Se la di y la cumpliré. Si no la cumpliera, ella no me dejaría vivir.

ESTER.—Perdona, Celia. En mi delirio te juzgué menos buena de lo que eres.

CELIA.—Coloco á Germán al frente de la administración de la Roda. Podréis vivir allí tranquilos y felices, y yo, aquí, si no feliz, tranquila.

ESTER.—¡Dios te bendiga, hermana!

CELIA.—Y ahora, no teniendo nada que hacer aquí, me vuelvo á mi cielo.

PASTOR.—Ya es hora, hija mía; tus buenos tíos te esperan impacientes, y... yo me canso de andar por las calles vestido de máscara.

LEONCIO.—En aquel cielo, señora mía, también hay condenados.

CELIA.—Y penas horribles. ¿A quién se lo cuenta usted? Como en este infierno de la miseria hay también santos..., y antes de volver á mi casa quiero dejar un recuerdo mío á estos dos santos del infierno. (Coge del ramo dos rosas.) Para usted, señor Infinito, esta rosa blanca, que vale por una pensión para el resto de sus días, y para usted, Leoncio, esta rosa encarnada, que representa un viaje por el Extranjero para completar sus estudios de la cuestión social.

LEONCIO.—Acepto, señora, porque no me favorece la millonaria, sino la primera de nuestras entidades industriales.

CELIA.—Eso quiero ser: la gran industrial y la gran obrera.

INFINITO.—¡Padre Nuestro, que estás en los cielos, al fin te apiadas de este pobre loco!

CELIA.—Y adiós, amigos. Vamos, Pastor.

PASTOR.—¡Gracias á Dios!

INFINITO.—Celestial criatura, adiós.

LEONCIO.—Cuando usted me lo ordene saldré de España. Ya no volveremos á vernos.

CELIA.—¡Quién sabe! En estos infiernos he aprendido mucho; en los infiernos y en los cielos de otros países aprenderé mucho más, y al volver á mi patria...

PASTOR.—Al volver á tu patria, hija mía, ocúpate en labrar tu propio bien, tu propia ventura.

CELIA.—¡Ah! Mi felicidad, sí... Por lo que voy viendo, la única felicidad que Dios me concede consiste... en hacer felices á los demás... (Vivas y telón.)

FIN DE LA COMEDIA

... de Cándido Alonso y Compañía — Ronda de Atocha, 15. - Teléfono 80.. — MADRID

SOCIEDAD HIDROELÉCTRICA DEL CHORRO

Dirección y Administración: Calle de la Maestranza núm. 2
TELÉFONO, 1400

Departamento de Altas y Bajas - Teléfono, 1407
Centro de Reclamaciones y Peticiones: Av. Generalísimo Franco, 23-Tef. 4186

[illegible] 165 fic 495
[illegible]icilio CIUDAD JARDIN 273 (74 [illegible])

[illegible]nto N. 9.324 [illegible] Libro 22
[illegible] 2,972 25-10-40
[illegible] 50,690 Ptas 9

[illegible]bonado D. Isaac Viguera Tierno

Recibimos:
Sociedad Hidroeléctrica del Chorro
El Gerente,

16 JUL. 1942

Málaga..............................

Por flúido consumido desde la fecha anterior hasta el dia de hoy

Marca de hoy 76 Marca anterior 72 Consumo Kwh. 4	Precio — Pesetas	Flúido — Pesetas	Impuesto 17 % Estado 5.10 Municipio — Pesetas	Contador — Pesetas	Timbre — Pesetas	TOTAL — Pesetas
	~~0.75~~	~~3.–~~	~~0.67~~	~~1.–~~		~~4.67~~

Timbre del Estado			Impuesto Estado 0.14 por kw. h.	Recargo Municipal 25 %			
	0.75	3.–	0.56	0.14	1.–		[illegible]

SOCIEDAD HIDROELÉCTRICA DEL CHORRO